



¿Y ahora qué?

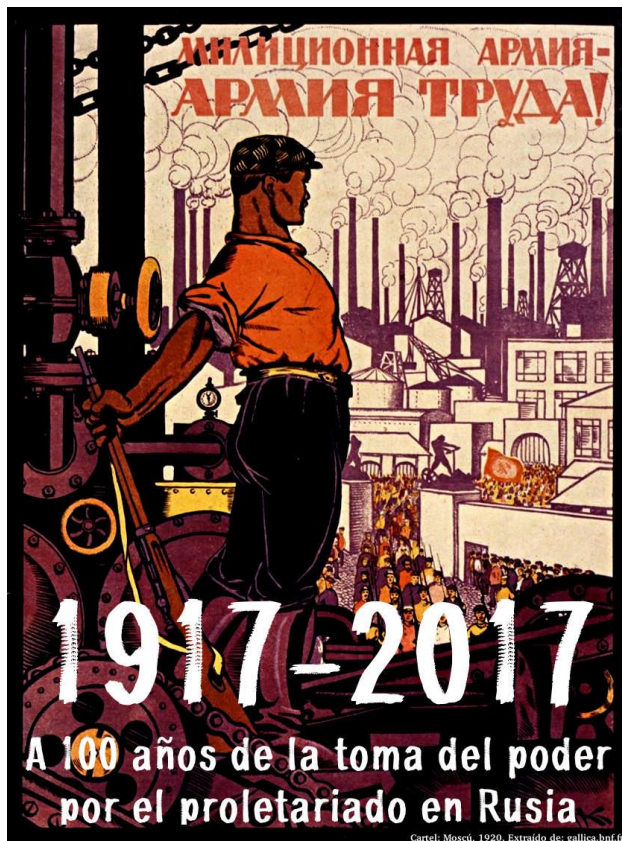
León Trotsky
1917



Edicions internacionals Sedov



Ofrecemos a los lectores revolucionarios este breve folleto publicado por Trotsky en septiembre de 1917, con ello continuamos nuestro homenaje a la revolución proletaria de 1917 en Rusia. Todos los artículos fueron publicados en *Proletarii* entre agosto y septiembre de 1917. Hemos seguido la edición en francés de Librairie François Maspero de 1976 dentro de su recopilación *L'année 1917*.



Edicions Internacionals Sedov
Valencia, noviembre de 2017
germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov



A cien años de la revolución proletaria de 1917

Índice

<i>A modo de prefacio</i>	3
<i>¿Qué ha pasado?</i>	4
<i>Elementos de bonapartismo</i>	8
<i>El ejército y la revolución</i>	14
<i>¿Y ahora qué?</i>	20
<i>El carácter de la revolución rusa</i>	23
<i>Cuestiones de táctica internacional</i>	27
<i>Discurso en la Conferencia Democrática</i>	31

*A modo de prefacio*¹

Desde la ofensiva del 1 de julio² en el frente exterior se asiste a un retroceso de la revolución en el frente interior. Esta retirada, dirigida por la democracia oficial, ha adquirido un aspecto de pánico tras los acontecimientos de los días 16-17 de julio. En estos momentos presenta un aspecto un poco más disciplinado, pero a pesar de todo no cesa la huida. La guerra devora a la revolución ante nuestros propios ojos. Y como los generales controlan la guerra, tratan de tomar en sus manos el poder real.

¿Hasta dónde llegaremos? Para hacer un pronóstico tenemos que preguntarnos cuál es la naturaleza de las fuerzas que están comprometidas en la lucha política... o cuáles están a punto de rendirse sin combate. Este es el objeto de este estudio.

Los dos primeros capítulos fueron escritos antes de la Conferencia de Moscú. No los hemos modificado en nada. En nuestra tentativa de prever la función y consecuencias de la ceremonia de Moscú no hemos procedido a partir de los discursos de los líderes y de las declaraciones de la prensa (parece que nunca, ni la prensa ni los líderes, hayan mentido tanto como hoy en día), sino a partir de los intereses de clase y de las actividades políticas: este último método, que se encomienda a Marx, nos parece infinitamente más seguro.

Incluso tras haber desarmado al Petrogrado revolucionario³ y reemplazado las banderas rojas por las banderas cosacas, el Gobierno Provisional no se atrevió a provocar la rabia de los trabajadores poniéndoles ante los ojos una conferencia calificada como gubernamental, por no decir “antipopular”. Las “fuerzas vivas” fueron convocadas a la piadosa y pacífica Moscú. Pero el proletariado de Moscú acogió a sus indeseables huéspedes con una huelga de protesta y desprecio⁴. Y, gracias a ese apoyo, el proletariado de Petrogrado pudo respirar libremente ese día.

Con su permiso, dedico este folleto a los camaradas obreros de Moscú.

Agosto-Septiembre de 1917

¹ Versión al castellano desde “En guise de préface”, en *L'année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 45-46. También para las notas.

² La ofensiva del 1 de julio fue ordenada por Kerensky bajo la presión de los aliados imperialistas de la Rusia zarista, aliados que negaban categóricamente toda ayuda si Rusia no continuaba la guerra contra Alemania. Únicamente se produjo un avance real en el frente sudoccidental. Tras una cortina de fuego de artillería que duró dos días, treinta y una divisiones pasaron al ataque y comenzaron logrando victorias. Pero el 19 de julio, Alemania lanzó una contraofensiva en Tarnopol, que fue tomada el 24. Las tropas rusas fueron expulsadas de Galitzia y perdieron 60.000 hombres. Después se desagregó el frente ruso y, según expresión de Lenin, “los soldados votaron a favor de la paz con sus pies”. El 3 de septiembre, fue tomada Riga y las islas próximas de la costa de Petrogrado quedaron amenazadas. El general Brusilov, que había dirigido la ofensiva, fue reemplazado por Kornilov.

³ Bajo órdenes de Kerensky, el 18 de julio tropas contrarrevolucionarias y oficiales cadetes ocuparon Petrogrado y sometieron a registros los barrios obreros para desarmarlos. Las tropas leales de la fortaleza de Pedro y Pablo fueron desarmadas.

⁴ La Conferencia de Estado de Moscú, que se celebró en el teatro Bolshói del 26 al 28 de agosto, fue una tentativa de Kerensky para reforzar su posición con el apoyo de la derecha. Pretendía haber invitado a todas las “fuerzas vivas” de Rusia. Los bolcheviques estaban excluidos de la conferencia pero D. B. Riazanov logró obtener un mandato como representante de los sindicatos y realizó una declaración en nombre de los bolcheviques. Si Kerensky, escogiendo celebrar la conferencia en Moscú, había confiado en evitar la presión de la clase obrera de Petrogrado, vencida y desarmada tras las Jornadas de Julio, se equivocó: la organización bolchevique de Moscú llamó a una huelga de protesta de un día, 400.000 obreros respondieron al llamamiento y la huelga devino general.

¿Qué ha pasado?⁵

13 de agosto de 1917

Nadie puede explicar de forma satisfactoria por qué debe haber una conferencia en Moscú. Más aún: todos aquellos que deben participar en ella declaran (sinceramente o no) que ignoran el objetivo de su invitación a Moscú. Y casi todos manifiestan desconfianza y menosprecio hablando de la conferencia. Pero a pesar de todo van. ¿Por qué?

Si dejamos a un lado al proletariado, que ocupa una posición específica, los participantes en la conferencia de Moscú pueden dividirse en tres grupos: los representantes de las clases capitalistas, las organizaciones pequeñoburguesas y el gobierno.

Las clases poseedoras encuentran su representación más acabada en el partido constitucional-demócrata, los cadetes. Tras ellos están los grandes latifundistas, las organizaciones del capital comercial e industrial, las camarillas financieras, las universidades. Cada uno de esos grupos tiene sus propios intereses y sus propias perspectivas políticas. Pero el peligro común que amenaza a todos ellos viene de las masas trabajadoras, campesinos y soldados, y ese peligro arrastra a todas las clases capitalistas a formar una sola y vasta unión contrarrevolucionaria. Sin abandonar sus intrigas monárquicas y sus conspiraciones, los círculos de la corte, de la burocracia y del estado mayor general, consideran, sin embargo, que es absolutamente necesario en estos momentos apoyar a los cadetes. Y los liberales burgueses, al mismo tiempo que miran con sospecha de reojo hacia la camarilla monárquica, le conceden un gran valor a su apoyo contra la revolución. En este sentido, el partido cadete deviene una especie de representante general de todas las variedades de intereses de la gran y pequeña propiedad. Todas las exigencias de las clases poseedoras, todas las exacciones de los explotadores, se fusionan hoy en día en el cinismo capitalista y la insolencia imperialista de Miliukov. Su política es la siguiente: permanecer al acecho de todos los pasos en falso del régimen revolucionario, de todos sus errores y de todos sus fracasos, aprovechándose por el momento de la “colaboración” de los mencheviques y de los socialrevolucionarios, comprometerles gracias a esta colaboración y esperar su hora. Y, tras Miliukov, está el zarista Gurko que espera *su hora*.

La pseudodemocracia de los socialrevolucionarios y mencheviques se apoya en las masas campesinas, la pequeña burguesía urbana y los obreros más atrasados. Al respecto, hay que señalar que, cuanto más se avanza, más claro queda que la fuerza de la asociación reside en los socialrevolucionarios y que los mencheviques son la quinta rueda de la carroza. Bajo la dirección de esos dos partidos, los sóviets de obreros y soldados, que se han visto llevados a una altura extraordinaria por las convulsiones catastróficas de las masas, pierden rápidamente su importancia y caen en el olvido. ¿Por qué? Marx señaló que cuando la historia administra un severo golpe en la cara de los filisteos, éstos no buscan jamás la causa de su fracaso en su propia incapacidad sino que descubren, invariablemente, la malicia o intriga de algún otro. Por ello Tsereteli se

⁵ Tomado de *¿Qué ha pasado?*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

apresura a ver en el “complot” de los días 16-18 de julio la “paja” que explica el lamentable fracaso de toda su política. Cuando los Lieber, Gotz y Voitinsky S.R. y mencheviques salvaron el orden ante la “anarquía” (orden que, dicho sea de paso, no estaba amenazado), esos señores creyeron firmemente que, como los gansos que salvaron el Capitolio, merecían una recompensa. Y cuando se apercibieron que el menosprecio de la burguesía hacia ellos aumentaba en proporción a su celo conciliador hacia el proletariado, quedaron estupefactos. Tsereteli, ese mismo Tsereteli que sabía hacer malabarismos tan bien con los trillados lugares comunes, vio como lo liquidaban como a un revolucionario demasiado engorroso. Fue límpido: el regimiento de ametralladoras⁶ había “arruinado” la revolución (al rechazar obedecer, salvo bajo determinadas condiciones, a Kerensky, que les ordenaba marchar al frente, y al participar en los acontecimientos de los días 16-17 de julio).

Y si Tsereteli, con su partido, se ve en las filas de la contrarrevolución, de Polovtsev y los cadetes militares, para ayudar a desarmar a los trabajadores en beneficio de la contrarrevolución, no es por culpa de él y de su juego político, sino por culpa del regimiento de ametralladoras corrompido por los bolcheviques. ¡Tal es la filosofía de la historia que profesan los banqueros políticos de los filisteos!

En realidad las jornadas del 16, 17 y 18 de julio han marcado un giro en el curso de la revolución demostrando la completa incapacidad de los partidos dirigentes de la democracia pequeñoburguesa para tomar en sus manos el poder. Tras el lamentable hundimiento del gobierno de coalición quedó claro que no hay otra solución más que la toma del poder por los sóviets. Pero los mencheviques y los S.R. dudaron. Se dijeron a sí mismos que tomar el poder significaría romper con los banqueros o diplomáticos, política ésta peligrosa. Y cuando, a pesar del sombrío presagio de los días 16-18 de julio, los líderes del sóviet continuaron corriendo tras los Efimov, las clases poseedoras no pudieron entender que los politicastros del sóviet estaban a su servicio, igual que un pequeño tendero está al servicio de un banquero, es decir quitándose el sombrero. Y esto es lo que envalentonó a la contrarrevolución.

Toda la historia anterior de la revolución reside en lo que se llama el “doble poder”. Esta expresión, que proviene de los liberales, es, a decir verdad, muy superficial. No se ha agotado el problema después de decir que junto al gobierno estaba el sóviet, que llevaba a cabo un considerable número de funciones gubernamentales; pues los Dan y los Tsereteli hicieron todo lo posible por su parte para suprimir, “sin dolor”, esta división del poder volviendo a ponerlo enteramente en manos del gobierno. La verdad es que tras el sóviet y tras el gobierno había dos sistemas diferentes que descansaban sobre intereses de clases diferentes.

Tras el sóviet estaban las organizaciones de trabajadores que suplantaban, en cada fábrica, a la autocracia de los capitalistas y establecían en la industria un régimen republicano incompatible con la anarquía capitalista y exigían un irrevocable control del estado sobre la producción. Para defender sus derechos de propiedad, los capitalistas buscaron ayuda por arriba, cerca del gobierno, lo empujaron con una energía creciente a la conclusión de que él no poseía aparato independiente, es decir instrumentos de represión contra las masas trabajadoras. De ahí las lamentaciones sobre el “doble poder”.

Tras el sóviet estaba la organización electoral del ejército y toda la administración de la democracia de los soldados. El Gobierno Provisional, que se alineaba con Lloyd George, Ribot y Wilson, reconocía las antiguas obligaciones del

⁶ El primer regimiento de ametralladoras, más activo que el segundo, apoyó la revolución desde el principio y se había instalado en Vyborg, barrio obrero de Petrogrado. Estuvo a la cabeza de las manifestaciones de julio. EM.

zarismo y practicaba los antiguos métodos de la diplomacia secreta, no podía dejar de chocar con la hostilidad activa del nuevo régimen en el ejército. La oposición llegada desde arriba había perdido casi todo su efecto en el momento en el que afectaba al sóviet. De ahí las quejas sobre el “doble poder”, sobre todo por parte del estado mayor general.

Por fin, el sóviet campesino también estaba sometido a una presión creciente por la base, a pesar del oportunismo lamentable y el basto chovinismo de sus líderes, en él la confiscación de la tierra cogía un impulso mucho más amenazador cuanto más fuertemente se oponía el gobierno a ella. Se puede ver hasta qué punto este último ejercía el papel de representante del gran capital en el hecho que la última ordenanza policiaca de Tsereteli no difería en nada de las ordenanzas del príncipe Lvov. Y, en todas las provincias en las que los sóviets y comités de campesinos intentaban instaurar un nuevo régimen agrario, entraban en agudo conflicto con la autoridad “revolucionaria” del Gobierno Provisional que se transformaba cada vez más en perro guardián de la propiedad privada.

La prosecución de la revolución hacía necesario el paso de todo el poder a manos del sóviet y su utilización en beneficio de los trabajadores contra los propietarios. Y la profundización de la lucha contra las clases capitalistas exige la atribución del papel dirigente, en las masas trabajadoras, a su fracción más resuelta, es decir al proletariado industrial. Para introducir el control sobre la producción y la distribución, el proletariado podía recurrir a precedentes muy importantes en Europa occidental, especialmente el pretendido “socialismo de guerra” en Alemania. Pero, como en Rusia ese trabajo de organización no podía cumplirse más que sobre la base de una revolución agraria y bajo la dirección de un poder realmente revolucionario, el control sobre la producción y la organización progresiva de ese poder revolucionario tomarían ferozmente una dirección hostil a los intereses capitalistas. En el momento en que las clases poseedoras se esforzaban en establecer una república capitalista “fuerte” a través del Gobierno Provisional, el paso de todo el poder a los sóviets, aunque no siendo completamente sinónimo de “socialismo”, en cualquier caso habría roto la oposición de la burguesía y, en relación con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría impuesto una dirección y una transformación de la organización económica que hubiesen marchado en el sentido de los intereses de las masas trabajadoras. Rechazando las cadenas del poder capitalista, la revolución habría devenido *permanente*, es decir continua; no habría utilizado su poder para perpetuar la ley de la explotación capitalista, sino que, por el contrario, lo habría usado para destruirla. Sus últimas realizaciones en ese dominio habrían estado sujetas a los éxitos de la revolución proletaria en Europa. Por otra parte, la revolución en Rusia podría darle a la revolución en Europa occidental un impulso mucho más grande en la medida en que pusiese más resolución y coraje en abatir la oposición de su propia burguesía. Tal era, sigue siendo, la *sola y única perspectiva real* para la prosecución de la revolución.

Pero para los ideólogos filisteos esta perspectiva era “utópica”. ¿Qué querían ellos? Jamás han sido capaces de decirlo ellos mismos. Tsereteli ha hablado abundantemente de “democracia revolucionaria”, sin entender qué significa realmente. Los socialrevolucionarios no son los únicos en haber adquirido el hábito de navegar entre las olas de la fraseología democrática; los mencheviques también han abandonado sus criterios de clase desde que revelaron demasiado claramente el carácter pequeñoburgués de su política. La regla de la “democracia revolucionaria” lo explica y justifica todo. Y cuando las centurias negras⁷ meten sus sucias manos en los bolsillos de

⁷ Bandas semilegales que saqueaban el país desde la revolución de 1905, apoyando la represión oficial con el terrorismo. Sobre todo organizaban pogromos y tenían en su haber casi 50.000 víctimas judías.

los bolcheviques lo hacen en nombre de una autoridad que no es otra más que la de la “democracia revolucionaria”. Pero no nos anticipemos.

La democracia S.R. y menchevique ha decapitado de hecho la revolución al representar, como lo ha hecho, el poder de la burguesía, o más bien la neutralización del poder por la coalición. Por otra parte, defendiendo los sóviets como su órgano, la democracia pequeñoburguesa ha impedido de hecho al gobierno crear cualquier aparato administrativo en las provincias. El gobierno no solamente era incapaz de obrar bien sino, también, de hacerlo mal. Los sóviets, desbordantes de planes ambiciosos, no podían realizar ninguno. La república capitalista, implantada por arriba, y la democracia obrera, formada por abajo, se paralizaban mutuamente. En todas partes donde chocaban surgían innumerables querellas. El ministro y los comisarios suprimían el órgano de autogobierno revolucionario, los comandantes arremetían contra los comités de soldados, los sóviets iban y venían entre las masas y el gobierno. Las crisis se sucedían, los ministros llegaban y partían. Cuanto más inoperantes e incoherentes devenían las medidas de autoridad represiva, más aumentaba el descontento de las masas. Vista desde arriba, toda la vida debía presentar un aspecto de torrente espumoso de “anarquía”.

Es evidente que el tímido dualismo de la “democracia” pequeñoburguesa portaba en sí mismo su quiebra. Y cuanto más se profundizaban los problemas de la revolución, más dolorosamente evidente devenía aquella quiebra. El estado entero marchaba con los pies por arriba, o más aún: sobre dos o tres cabezas. Un gesto desconsiderado por parte de Miliukov, Kerensky o Tsereteli, amenazaba con echar abajo todo el edificio. Y día a día la alternativa parecía más ineluctable: o el sóviet asume el poder o el gobierno capitalista barrerá al sóviet. Era suficiente con un choque externo para destruir el equilibrio de la organización toda entera. Ese golpe externo, descargado sobre un sistema ya condenado desde su interior, tomó la forma de los acontecimientos de los días 16-18 de julio. El “idilio” pequeñoburgués, construido sobre la unión “amistosa” de dos sistemas que se excluyen mutuamente, recibió el golpe de gracia. Y Tsereteli pudo consignar en sus memorias que su plan para la salvación de Rusia había sido saboteado por el regimiento de ametralladoras.

*Elementos de bonapartismo*⁸

15 de agosto de 1917

Vuestro pequeño comerciante es un hombre de espíritu apacible; por encima de todo teme “correr riesgos”. Pero, al mismo tiempo, tiene una fértil imaginación: todo pequeño comerciante sueña convertirse en un Rothschild. Esa mezcla de sobriedad anémica e imaginación vanamente turbulenta es la esencia de la política pequeñoburguesa. Ya advirtió Marx de que sería falso pensar que los representantes de la pequeña burguesía indefectiblemente hayan de ser tenderos. Lejos de eso: por el nivel mental son superiores de lejos a piadoso filisteo. Sin embargo, “devienen los representantes de las ideas de la pequeña burguesía porque sus pensamientos no superan la esfera en la que se desarrolla su vida y, en consecuencia, llegan, en teoría, a los mismos problemas y soluciones que el pequeño burgués en la práctica.”

Sancho Panza es la encarnación de la más llana cobardía. Sin embargo, no es ajeno por completo a lo novelesco: si no, nunca se hubiese convertido en el compañero de Don Quijote. La cobardía de la política pequeñoburguesa encuentra su expresión más osada en la persona de Dan. Tsereteli representa la asociación de esta cobardía con lo novelesco; Tsereteli le declaró a Martov: “Sólo un loco no le tiene miedo a nada”. La política filistea bien intencionada tiene miedo de todo: miedo a despertar la cólera de sus acreedores; miedo a que los diplomáticos se tomen en serio su “pacifismo”; y, sobre todo, miedo al poder. Como “un loco no teme nada”, la política pequeñoburguesa juzga adecuado preservarse de cualquier locura ejerciendo la cobardía en todos los frentes. Sin embargo, no abandonan la esperanza en devenir Rothschild: tras haber pegado dos o tres palabras en la nota diplomática de Tereschenko, se imaginan que han hecho avanzar la paz; confían en infundirle al espíritu del príncipe Lvov su propia y muy imparcial mediación para evitar la guerra civil. Pero el gran conciliador pequeñoburgués decide desarmar a los trabajadores, sin desarmar del todo a Polovtsev o Kaledin, es decir a la contrarrevolución. Y cuando todo esta política se hunde la primer golpe serio, Tsereteli y Dan explican, a todos los que quieren creerles, que el fracaso de la revolución no se debe a la incapacidad de la pequeña burguesía para tomar todo el poder en sus manos, sino a la “insurrección” del regimiento de ametralladoras.

Durante largos años de controversias sobre el carácter de la revolución rusa, los mencheviques han sostenido que los verdaderos portadores del poder revolucionario en Rusia eran los demócratas pequeñoburgueses. Siempre hemos señalado que la democracia pequeñoburguesa es incapaz de resolver ese problema y que el único poder que puede llevar la revolución a su cumplimiento es el proletariado que extrae sus fuerzas de las masas populares. Hoy en día la historia ha querido que los mencheviques apareciesen como los representantes políticos de la democracia pequeñoburguesa para que puedan probar, en su propia persona, su completa incapacidad para resolver los problemas del poder, es decir para asumir el papel dirigente en la revolución.

En *Rabochaya Gazeta*, ese órgano del “marxismo” falsificado, mutilado y mutilador, tratan de colgarnos la etiqueta de “hombres del 16 de julio”⁹. Tenemos todos

⁸ Tomado de *Elementos de bonapartismo*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

los motivos para afirmar que en el movimiento del 16 de julio todas nuestras simpatías se dirigían a los trabajadores y soldados, y no a los cadetes militares, a los Polovtsev, Lieber y “husmeadores”¹⁰.

De otra forma no mereceríamos más que desprecio. Pero que los quebrados de *Rabochaya Gazeta* no invoquen demasiado en alto el 16 de julio pues ese fue el día de su autodestrucción política. La etiqueta de “hombres del 16 de julio”, por emplear una metáfora muy confusa, puede serles devuelta como una arma de doble filo: el 16 de julio las camarillas rapaces de la Rusia zarista llevaron a cabo un *coup d'état* que tenía por objetivo poner toda la autoridad en sus manos. El 16 de julio de 1917, durante la crisis más grave de la revolución, los demócratas pequeñoburgueses afirmaron ruidosamente que eran incapaces de asumir el poder. Dándoles la espalda con odio a los trabajadores y soldados revolucionarios, que les exigían el cumplimiento de su deber revolucionario más elemental, los “hombres del 16 de julio” establecieron una alianza con los “hombres del 16 de junio” para reprimir, desarmar y encarcelar a los obreros y soldados socialistas. La traición de la democracia pequeñoburguesa, su capitulación vergonzosa ante la burguesía contrarrevolucionaria, *eso* fue lo que impidió un cambio de poderes, y no era la primera vez que eso se producía en la historia de la revolución.

El último ministerio, que ha sido bautizado como el “gobierno Kerensky”¹¹, fue creado bajo esas circunstancias. El régimen irresoluto, impotente y vacilante de la democracia pequeñoburguesa se ha transformado en dictadura personal.

Bajo el nombre de “doble poder” se desarrollaba una lucha entre dos tendencias de clase irreconciliables: la república imperialista y la democracia de los trabajadores. Mientras que el resultado de esa lucha se mantuvo indeciso, paralizó la revolución y produjo inevitables síntomas de “anarquía”. Dirigido por politicastos que tienen miedo a todo, el sóviet no se ha atrevido a asumir el poder. Los representantes de todas las camarillas propietarias, es decir el partido cadete, *no podían* todavía asumir el poder. Era necesario un gran conciliador, un mediador, un árbitro imparcial.

A mediados de mayo, en un mitin del sóviet de Petrogrado, Kerensky ya fue calificado como “el punto de equilibrio del bonapartismo ruso”. Esta caracterización muestra de inmediato que no es Kerensky quien importa, sino mucho más su función histórica. Podría parecer un poco superficial declarar que Kerensky es de la misma madera que el primer Bonaparte; lo menos que se puede decir es que esto no está demostrado. Sin embargo, su popularidad no parece ser un simple accidente. Kerensky parece más cercano a la mentalidad de todos los filisteos panrusos. Defensor de los

⁹ El 16 de junio el zar decretó la disolución de la Duma. A consecuencia de ello los hombres de la derecha (cadetes, octubristas, etc.) fueron llamados “hombres del 16 de junio”. Debido a una coincidencia, el 16 de junio de 1917, los miembros de la Cuarta Duma se reunieron en conferencia para estudiar la posibilidad de una nueva ofensiva y decidieron exigirle una al Gobierno Provisional. Lenin bautizó esta reunión “conferencia de toros salvajes”. El 16 de julio de 1917, los obreros y soldados se manifestaron al grito de “todo el poder a los sóviets” y ese mismo día la derecha tomó la decisión de desarmar a los trabajadores y soldados revolucionarios, decisión que fue aplicada de inmediato.

¹⁰ Los “husmeadores” eran una organización secreta creada por el gobernador militar de Petrogrado, el coronel Polovtsev, con la colaboración de V Burtsev y G Alexinsky, anteriormente activos en el movimiento contra el zarismo pero que se habían pasado a las filas de los moderados contrarrevolucionarios durante la misma revolución. El objetivo de los “husmeadores” era el aplastamiento de los bolcheviques. (Nota de L C Fraina, 1918)

¹¹ El 15 de julio de 1917, los cadetes abandonaron el Gobierno Provisional a consecuencia del asunto de Ucrania. Kerensky remodeló su gabinete, y el 4 de agosto se convirtió en primer ministro. Tsereteli, ministro del interior, fue el autor de la vergonzosa ordenanza de policía en virtud de la cual se dictaron los mandatos de arresto contra Lenin, Trotsky y otros, ¡y fue él quien bautizó la nueva coalición como “gobierno de salvación”! Fue proclamado como tal el 22 de julio. Pero la nueva coalición no duró más que quince días.

prisioneros políticos, “socialrevolucionario” a la cabeza de los laboristas, radical sin ningún lazo con cualquier escuela socialista, Kerensky reflejaba, de la forma más completa posible, la primera fase de la revolución, su imprecisión “nacional”, el idealismo seductor de sus esperanzas y expectativas. Hablaba de tierra y libertad, de orden, de paz entre las naciones, de defensa de la patria, del heroísmo de Liebknecht, decía que la revolución rusa asombraría al mundo por su grandeza de alma, mientras agitaba un pañuelo rojo de seda. El filisteo medianamente iniciado se extasiaba con estos discursos: le parecía estar él mismo en la tribuna. El ejército saludaba en Kerensky a quien lo había librado de Guchov. Los campesinos oían decir que era un laborista, un delegado de los mujik. La extremada moderación de sus posiciones, bajo el confuso radicalismo de su expresión, era suficiente para embaucar a los liberales. Únicamente los trabajadores más formados mantenían las distancias. Pero sus sóviets se disolvían en una “democracia revolucionaria”.

La carencia de cualquier bagaje doctrinal que le estorbase, le permitió a Kerensky ser el primero de los “socialistas” en entrar en el gobierno burgués. Fue el primero en calificar de “anarquía” las exigencias sociales cada vez más insistentes de las masas: en mayo ya amenazó a los fineses con represalias muy severas y pronunció la pomposa frase sobre los “esclavos amotinados” que untó de bálsamo los corazones de todos los propietarios afectados. En ese sentido, su popularidad implicó rápidamente un verdadero revoltijo de contradicciones que reflejaban tan perfectamente la imprecisión de la primera etapa de la revolución y el impase total de la segunda. Y cuando la historia tuvo que cumplimentar el puesto de árbitro vacante, no encontró hombre más apropiado para ello que Kerensky.

La “sesión nocturna histórica” del Palacio de Invierno sólo fue una repetición de la humillación política que la democracia “revolucionaria” preparó en la Conferencia de Moscú. En esas transacciones los cadetes tenían en la mano todos los triunfos; la democracia S.R. y menchevique, que recogía éxitos en todas las elecciones democráticas sin excepción y que padecía un miedo mortal a esos éxitos, ¡imploró humildemente a los liberales privilegiados su colaboración en el gobierno! Como los cadetes no tenían miedo a imponer el poder a los sóviets el 16 de julio, y como, por otra parte, los liberales no temían asumir enteramente el poder, estaba claro que eran los dueños de la situación.

Si Kerensky era el último grito de la hegemonía impotente del sóviet, debía aparecer como la primera palabra de la entrega de esa hegemonía. Por el momento tomaremos a Kerensky, pero solamente con la condición de que corte el cordón umbilical que le une al sóviet: tal fue el ultimátum de la burguesía.

“Desgraciadamente el debate en el Palacio de Invierno no ha sido otra cosa más que palabrería, y una palabrería, además, carente de todo interés”, se lamentó Dan en su informe al sóviet.

Es difícil apreciar plenamente la profundidad de estos lamentos emitidos por el parlamentarismo de la democracia “revolucionaria”, que abandonó el Palacio de Taurida¹² por la noche, cuando todavía detentaba el poder, para volver al día siguiente con las manos vacías. Los líderes de los S.R. y de los mencheviques depositaron respetuosamente su parte de poder a los pies de Kerensky. Los cadetes aceptaron el regalo con buen grado: sea como fuere, no consideraban a Kerensky como un gran árbitro imparcial sino como un simple agente intermediario. Tomar todo el poder inmediatamente habría sido demasiado peligroso a causa de la inevitable resistencia

¹² Construido por Potemkin bajo reinado de Catalina II, estaba situado entre los cuarteles y el barrio obrero. La Duma ocupaba el ala derecha. Cuando se constituyeron los sóviets ocuparon el ala izquierda. En julio de 1917 fueron transferidos a Smolny, un instituto destinado a las jóvenes hijas de la nobleza.

revolucionaria de las masas. Valía más confiar a Kerensky, hasta el presente “independiente”, con la colaboración de los Avksentiev, Savinkov y otros S.R. moderados, la tarea de abrir la vía a un gobierno puramente burgués con la ayuda de un sistema de represión más feroz.

El nuevo ministerio de coalición (el “gobierno Kerensky”), estaba constituido. A primera vista, no difería en nada del otro gobierno coalición que tan indignamente se había hundido el 16 de julio. Partía Chingariiev, llegaba Kolochkin; Tsereteli salía, entraba Avskentiev. Todas las pérdidas entre el personal no hacían sino resaltar el hecho que los dos campos consideraban al gabinete como un simple estribo. Pero mucho más importante era el cambio radical en el significado de dos grupos. Anteriormente (al menos “en teoría”), los ministros socialistas habían sido considerados como los representantes de los sóviets, controlados por ellos; los ministros burgueses hacían de pantalla entre los Aliados y los capitalistas. Pero ahora los ministros burgueses entraban, en tanto que grupo secundario, en el personal del bloque abiertamente contrarrevolucionario de las clases propietarias (partido cadete, dirigentes del comercio y la industria, Liga de Propietarios, Comité Provisional de la Duma¹³, Círculo Cosaco, Estado Mayor General, diplomacia aliada), y los ministros “socialistas” oficiaban de pantalla contra las masas populares. Ante el silencio del Comité Ejecutivo de los Sóviets, Kerensky logró hacerse aplaudir prometiendo que no se toleraría la restauración de la monarquía... ¡Tan bajo habían caído las exigencias de los demócratas filisteos! Avskentiev exhortó a todo el mundo a los “sacrificios” y se deshizo en desvaríos medio kantianos, medio evangélicos (su gran especialidad); y, como es propio de un idealista en el poder, en ese imperativo categórico conducía de un lado a otro continuamente a los cosacos y militares cadetes. Los delegados campesinos, sorprendidos, se decían que antes de que tuviesen posibilidad alguna de confiscarles la tierra a los propietarios alguna cosa estaba a punto de confiscarles a ellos su influencia sobre el poder.

Los estados mayores contrarrevolucionarios suplantaban en todas partes a los comités de soldados y los utilizaban al mismo tiempo ampliamente para represalias contra las masas: así minaban la autoridad de las organizaciones de soldados y preparaban su caída. La contrarrevolución burguesa dispuso para este mismo fin de sus ministros “socialistas”, pero estos últimos arrastraban con ellos en su caída vertiginosa a los sóviets, de los que ahora eran independientes pero que, como anteriormente, eran a su vez dependientes de los ministros. Habiendo renunciado al poder, las organizaciones democráticas también habrían debido liquidar su autoridad. Así es como todos están prestos para la llegada de Miliukov. Y tras él espera su hora el general Gurko.

La Conferencia de Moscú extrae toda su importancia de esta tendencia general del movimiento político en las altas esferas.

En esos últimos días, la actitud de los cadetes ante esa reunión no solamente era la falta de entusiasmo sino, además, la total desconfianza. La hostilidad mal disimulada hacia el peregrinaje a Moscú caracterizaba también a *Dielo Naroda*, órgano del partido representado en el gobierno por los Kerensky, Avskentiev, Savinkov, Chernov y Lebediev. “Si hay que ir, iremos”, ha escrito *Rabochaya Gazeta* con un suspiro, como un loro que el gato arrastrase por la cola. Los discursos de los Riabuchinsky, Alexeiev, Kaledin, etc., y de la “banda de charlatanes en el poder” no indicaba, por nada del

¹³ La cuarta Duma, elegida en 1912, fue disuelta por el zar el 12 de marzo de 1917, el día siguiente a la constitución del sóviet de Petrogrado. Se negó a disolverse y, esa misma noche, eligió un comité provisional dirigido por Rodzianko. El comité provisional a su vez forzó al zar a abdicar. La Duma continuó existiendo hasta su disolución por el Gobierno Provisional tras la revuelta de Kornilov. (En la cuarta Duma había cinco bolcheviques pero se habían exiliado en 1915 a causa de su oposición a la guerra.)

mundo, la disposición a realizar el sacrificio de un abrazo con Avskentiev. Y, finalmente, el gobierno, por lo que dicen los diarios, no le concedía a la Conferencia de Moscú una importancia decisiva. Entonces: *¿quid prodest?*¹⁴ ¿En interés de quién y con qué objetivo se ha convocado esta conferencia?

Está claro como la luz del día que está directamente dirigida contra los sóviets. Éstos *no van* a la conferencia: *se les arrastra* atados a una cuerda. Las clases contrarrevolucionarias necesitan la reunión para que les ayude a liquidar definitivamente los sóviets. Entonces, ¿por qué los órganos responsables de la burguesía mantienen una actitud tan reservada frente a la conferencia? Porque, ante todo, hay que establecer la posición “por encima de las clases” del árbitro supremo e imparcial. Miliukov teme que Kerensky abandone la conferencia con posiciones demasiado sólidamente establecidas, lo que tendría como consecuencia prolongar demasiado desagradablemente las vacaciones políticas de Miliukov. Así es como cada patriota defiende a la patria a su manera.

La “histórica” noche del Palacio de Invierno vio el nacimiento del régimen de Kerensky, digamos del bonapartismo principiante. Pero, por sus participantes y sus objetivos, la Conferencia de Moscú es, por así decirlo, la reproducción a plena luz del día de esa noche histórica. Tsereteli está condenado de nuevo a explicarle a toda Rusia que el paso del poder a manos de la democracia revolucionaria sería el infortunio y ruina de la revolución. Tras esta solemne confesión de su propia quiebra, los representantes de la democracia revolucionaria tendrán el privilegio de escuchar una terrible requisitoria dirigida contra ellos, que habrá sido preparada por Rodzianko, Riabuchinsky, Miliukov, el general Alexeiev y otras “fuerzas vivas” del país. Nuestra camarilla imperialista, a la que el gobierno le otorgó el lugar de honor en la Conferencia de Moscú, acudirá con la consigna “¡Todo el poder para *nosotros!* Los líderes del sóviet se verán cara a cara con los rapaces apetitos de las clases poseedoras, y con la amenaza de un levantamiento de esos mismos trabajadores y soldados a los que Tsereteli desarmó con la consigna “¡Todo el poder a los sóviets!” En su calidad de presidente, Kerensky simplemente no podrá hacer otra cosa más que consignar la existencia real de una “desacuerdo” y llamar la atención de las “partes interesadas” sobre el hecho que no pueden prescindir de un árbitro imparcial. *Quod erat demonstrandum.*¹⁵

En una reunión del Comité Ejecutivo del Sóviet, el menchevique Bogdanov confesó que “si yo fuera miembro del Comité Central Ejecutivo, no hubiese convocado esa reunión pues el gobierno no alcanzará con ella el objetivo que tiene planteado, es decir el refuerzo y ampliación de su base.” Hay que admitir que estos adeptos de la *Realpolitik* no saben verdaderamente qué se prepara con su activa colaboración. Tras la desintegración de la coalición del 16 de julio, la negativa del sóviet a asumir el poder ha *excluido* la posibilidad de creación de un gobierno sobre una base amplia. El gobierno Kerensky, que no ejerce ningún control, es por su misma naturaleza un gobierno sin base social. Ha sido construido conscientemente *entre* dos bases posibles: las masas trabajadoras y las clases poseedoras. Eso provoca su bonapartismo. La Conferencia de Moscú tiene como objetivo, tras el apartamiento de los partidos democráticos y de los partidos de los privilegiados, perpetuar la dictadura personal que, por un aventurerismo irresponsable, zafará todas las realizaciones de la revolución.

Para alcanzar ese objetivo es necesario tener una oposición a la izquierda, igual que otra a la derecha. Todo lo que importa es que ambas se equilibren casi y que la situación social mantenga su equilibrio. Pero esto es justamente lo que falta.

¹⁴ ¿A quién aprovecha esto?

¹⁵ Lo que había que demostrar.

El antiguo zarismo emergió en el curso de una lucha entre clases en el seno de una sociedad libre, pero bajo todas las facciones en lucha y su zar había una infraestructura estable de trabajadores. El nuevo zarismo busca el sostén necesario para su existencia en la inercia y pasividad del campesinado; el principal instrumento del bonapartismo consistía en un ejército disciplinado. Pero en nuestro país no se ha realizado todavía ninguna de esas condiciones. Nuestra sociedad está atravesada de parte a parte por abiertos antagonismo que han sido llevados a la más extrema intensidad. La lucha entre los trabajadores y los capitalistas, entre los campesinos y los propietarios latifundistas, entre los soldados y el estado mayor, entre las nacionalidades oprimidas y el poder central, no le ofrece a aquél ningún elemento de estabilidad, a menos que el gobierno se decida resueltamente a atar su suerte a una de las fuerzas en lucha. Hasta la finalización de la revolución agraria, las tentativas de dictadura “por encima de las clases” no pueden ser más que efímeras.

Miliukov, Rodzianko y Riabuchinsky quieren que el poder acabe en sus manos, es decir que se transforme en dictadura contrarrevolucionaria de los explotadores sobre los trabajadores, campesinos y soldados revolucionarios. Kerensky quiere darle miedo a la democracia con la ayuda de la contrarrevolución y atemorizar a la contrarrevolución con la ayuda de la democracia; después asegurar la dictadura del poder personal, del que las masas no sacarán nada bueno. Pero hace cuentas sin su cliente. Las masas revolucionarias todavía no han dicho la última palabra.

El ejército y la revolución

20 de septiembre de 1917

Desde los primeros días de la revolución se desarrolla la misma lucha a propósito de la guerra y la paz: una lucha entre la democracia de los obreros y campesinos, que ha adquirido forma desde abajo, y la república imperialista, que las clases poseedoras intenta construir desde arriba.

Los ilustres generales se han dado prisa en “reconocer” a la república (al menos por el momento), esperando firmemente que la república reconociera, e incluso extendiera, el campo de su generalato eliminando a los *fainéants*¹⁶ del archiduque. La revolución “nacional” significaba para ellos una revolución de palacio que depuso a Nicolás y su Alix pero que mantenía integralmente la disciplina de clase y la jerarquía militar. Algunos días antes, el telégrafo había informado de que el “líder” griego Venizelos había proclamado a Grecia como “república coronada por un rey”. Los Brusilov, Guchoy, Rodzianko y Miliukov querían, por el contrario, conservar en Rusia la monarquía sin el zar. Pero la evolución se produjo por otras vías más profundas. El levantamiento de marzo de los regimientos de Petrogrado no fue el fruto de una conspiración: provino de un movimiento generalizado de revuelta en todo el ejército y las masas populares en general. Y el levantamiento de los obreros y soldados estaba no solamente dirigido contra un zarismo decadente, incompetente, incapaz de llevar adelante una guerra que él mismo había provocado, sino, también, contra la misma guerra. La ruptura radical que produjo la revolución en el ánimo y conducta de los soldados amenazaba no solamente los objetivos directamente imperialistas de la guerra sino, también, a los mismos instrumentos de esos objetivos, es decir al viejo ejército, construido sobre la teoría de las órdenes dadas desde arriba y la ciega obediencia en las filas.

Hoy en día los generales, coroneles, políticos y chupatintas, vociferan y echan pestes sobre la Orden n° 1¹⁷. Desde su punto de vista, la orden no era el resultado de una agitación que se extendía por todo el ejército sino que, por el contrario, esa agitación venía provocada por la orden. Todavía ayer los soldados obedecían las órdenes, hoy en día ya no lo hacen: ¿no es evidente que se han sometido a algún nuevo “orden”, consignado en los libros como el “N° 1”? Esta necedad de estado mayor se produce en el presente en los círculos burgueses más amplios desde el punto de vista objetivo e histórico.

La pretendida desintegración del ejército encuentra su expresión en la desobediencia de los soldados a sus superiores y en su rechazo a reconocer esta guerra como su guerra. Precisamente bajo esas circunstancias, Kerensky lanzó a la cara del ejército que despertaba su expresión “esclavos amotinados”. Si la burguesía creía que era suficiente con reemplazar a los Sujomlinov por los Guchkov para uncir de nuevo al

¹⁶ Holgazán, vago.

¹⁷ Fechada el 14 de marzo de 1917 y emitida por el sóviet de Petrogrado, la Orden n° 1 emplazaba a todos los regimientos de la ciudad bajo el control de los sóviets. Preveía la elección de representantes de los comités y sóviets, abolía el saludo militar fuera de servicio y preconizaba la obediencia a las órdenes del comité provisional de la Duma solamente si éstas no entraban en contradicción con las del sóviet.

ejército al carro del imperialismo, Kerensky pensaba, con su espíritu superficial y su fatuidad de filisteo, que era suficiente con revocar a Guchkov para volver a hacer del ejército el instrumento dócil del gobierno. ¡Verdaderas ilusiones estas!

Desde el punto de vista de la psicología de las masas, la revolución es una aplicación de los criterios racionales a la herencia de instituciones y tradiciones. Todo el cortejo de pruebas, sufrimientos y humillaciones que la guerra le aportaba al pueblo, y más particularmente al ejército, estaba coronado y sancionado por la voluntad del zar. Si en Petrogrado el zar mismo había sido depuesto, ¿qué podía impedirles a los soldados sacudirse la autocracia de esos oficiales que habían sido los defensores más celosos y más viles del zarismo en su conjunto? ¿Por qué los soldados no se iban a plantear la cuestión del sentido y objetivos de la guerra puesto que el mismo hombre del que anteriormente dependía la cuestión de la paz había sido depuesto?

A principios de abril los sóviets de delegados obreros y soldados se dirigieron a los pueblos de Europa en un manifiesto¹⁸ en el que los llamaban a la lucha por una paz democrática. Era la “Orden nº 1” en el plano de la política internacional. En el momento en que el manifiesto aparecía como una respuesta a este interrogante candente e inevitable: “¿Continuaremos luchando y, si es que sí, por qué?”, los imperialistas hacían creer que, sin el manifiesto, la cuestión jamás habría alcanzado el espíritu de los soldados que habían despertado con la tormenta de la revolución.

Miliukov preveía que la revolución suscitaría en el ejército el espíritu crítico y de independencia, y que, en consecuencia, la revolución era una amenaza para los objetivos imperialistas de la guerra. Por ello se mostró en la cuarta Duma abiertamente hostil a la revolución. Y cuando ahora Miliukov vitupera contra la “orden”, contra el manifiesto y contra la conferencia socialista de Zimmerwald¹⁹, diciendo que todo eso ha envenenado al ejército, dice una mentira, al menos en lo que a él concierne. Miliukov sabe perfectamente que el principal “veneno” no se oculta en las “ordenes” del sóviet, que son como mínimo demasiado moderadas, sino en la revolución misma que le ha ofrecido a los sufrimientos de las masas un medio de expresión bajo forma de protesta, exigencias y abiertas pruebas de fuerza.

El proceso de reconstrucción interna del ejército y la orientación política de las masas de soldados ha estallado en una violenta catástrofe en el frente. La causa última de esta catástrofe radica en la contradicción entre la política imperialista, que utilizaba al Gobierno Provisional como instrumento, y el ardiente deseo de las masas de una paz inmediata y “justa”. Una nueva disciplina y un verdadero entusiasmo en el ejército sólo pueden desarrollarse a partir de la misma revolución, a partir de una solución valerosa de los problemas internos y de una resuelta lucha contra los obstáculos externos. Si el pueblo y el ejército hubiesen tenido el sentimiento y la convicción de que la revolución era su revolución, que el gobierno era su gobierno, que nada lo detendría en la defensa de sus intereses contra los explotadores, que no perseguiría ningún objetivo exterior de conquista y opresión, que no se inclinaría ante los financieros “aliados”, que ofrecería abiertamente a las naciones una paz inmediata sobre bases democráticas, entonces las masas trabajadoras y su ejército, bajo esas condiciones, estarían animadas por una indisoluble unidad y, si la revolución alemana llegase a tiempo para ayudarnos, el

¹⁸ El 27 de marzo de 1917, el sóviet de Petrogrado adoptó un manifiesto, *A los pueblos del mundo entero*, que llamaba a finalizar la guerra (sin caracterizarla, sin embargo, como un conflicto imperialista).

¹⁹ La conferencia de los socialistas europeos que se oponían a la guerra se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915 en Zimmerwald, Suiza. Publicó un manifiesto y eligió a un comité socialista internacional. [Ver en estas EIS: *Conclusiones (a la publicación en Nache Slovo del Manifiesto de Zimmerwald)* y *Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal*, *Manifiesto de Zimmerwald* en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* páginas 34-36; o directamente en el *MIA Manifiesto de Zimmerwald*. EIS]

ejército ruso se batiría contra los Hohenzollern con el mismo entusiasmo del que daban pruebas los trabajadores rusos defendiendo las conquistas del movimiento popular ante los ataques de la contrarrevolución.

Los imperialistas temían esta orientación como a la peste, y tenían razón. La mezquina política de la pequeña burguesía no creía más en este método de lo que el pequeño comerciante creía en la posibilidad de la expropiación de los bancos. Renunciando a todas las “utopías”, es decir a la prosecución de la revolución, los S.R. y mencheviques han continuado exactamente la misma doble política ruinosa que debía llevar a la catástrofe.

Al soldado se le decía, y era verdad, que esta guerra era, por ambas partes, una guerra imperialista, que el gobierno ruso estaba atado por acuerdos financieros, diplomáticos y militares opuestos a los intereses de todos los pueblos; después se añadía: “Pero por el momento continua luchando sobre la base de los antiguos tratados, hombro con hombro con los antiguos aliados”. Pero cuando el soldado se dirige al fuego, “por el momento” se enfrenta con la muerte. Marchar hacia ese supremo sacrificio sólo le es posible al soldado colmado por el entusiasmo colectivo. Pero sólo teniendo una fe absoluta en la justicia de su causa se le puede llevar a ese estado de ánimo. La revolución ha destruido la concepción de la “carne de cañón sagrada” que no reflexionaba. Ningún Kornilov, ningún Kaledin, puede revertir el curso de la historia y restaurar, ni que sea temporalmente, la disciplina del verdugo sin una feroz represión, es decir sin un prolongado periodo de caos sangriento. Únicamente ofreciéndole nuevos objetivos, nuevos métodos y una nueva organización, se puede mantener al ejército en condiciones de eficacia en tiempos de guerra. Era necesario sacar todas las consecuencias de la revolución. El régimen ambiguo e indeciso que el Gobierno Provisional, secundado por los S.R. y mencheviques, había preparado para el ejército llevaba en sí mismo el germen de una segura catástrofe. El ejército se había transformado de acuerdo con determinados criterios, se le había ofrecido la posibilidad de crítica abierta. Entonces se le fijaron nuevos objetivos, que manifiestamente no resistirían la prueba de su crítica revolucionaria, y en nombre de esos objetivos se le exigió al ejército agotado, hambriento y descalzo como estaba, que suministrase esfuerzos sobrehumanos. ¿Se pueden albergar dudas sobre el resultado, si, además, se hace memoria de que determinados generales del estado mayor trabajaban conscientemente para una derrota de Rusia?

Pero el Gobierno Provisional se embriagaba a sí mismo con grandilocuencia y frases vacías. *Messieurs les ministres*²⁰ consideraban a las masas de soldados, que se encontraban en estado de profunda fermentación, como el material bruto del que se podía sacar todo lo que fuese necesario para beneficio de los imperialistas que han bloqueado a nuestro desventurado y devastado país. Kerensky suplicó a los soldados, los amenazó, se arrodillo ante ellos, pero no ofreció ni una sola respuesta a uno solo de sus problemas reales. Engañándose a sí mismo con elocuencia barata, se aseguró por adelantado el apoyo del congreso de los sóviets, en el que reinaba una democracia pequeñoburguesa puntillosa, a pesar de su “vigilancia”, y ordenó una ofensiva. Ésta fue, en el sentido adecuado del término, la “Orden n° 1” de la contrarrevolución rusa.

El 17 de junio, nosotros, los internacionalistas, nos posicionamos abiertamente en el congreso de los sóviets²¹ sobre la ofensiva que se preparaba; al mismo tiempo que la criticábamos en el fondo y en sus principios, señalamos que en el estado actual del

²⁰ [Señores ministros]. En francés en el original.

²¹ El Primer Congreso Panruso de los Sóviets de Delegados Obreros y Soldados se reunió en Petrogrado del 16 de junio al 17 de julio. Los bolcheviques estaban en minoría y no lograron que el congreso se decidiese a oponerse al Gobierno Provisional y transferir el poder a los sóviets.

ejército la ofensiva era una aventura militar que amenazaba, incluso, la existencia del mismo ejército. Lo que vino después ha mostrado que éramos demasiado clarividentes. El gobierno ni había tenido en cuenta nada ni había previsto nada. El partido gubernamental de los S.R. y mencheviques no supo hacer otra cosa más que anegarnos con denuncias, en lugar de aprovecharse de nuestras sugerencias.

Naturalmente, como los bolcheviques habían predicho el desastre, se cargó la falta... sobre los hombros de los bolcheviques. Tras la tragedia provocada por la ignorancia y la irresponsabilidad se perfiló la cobardía en toda su miseria. Ninguno de los responsables de nuestra suerte tuvo tarea más urgente que la de encontrar un chivo expiatorio sobre el que hacer recaer la falta. Los discursos y artículos semioficiales del actual periodo son impecaderos monumentos a la bajeza humana.

Por supuesto, la caza a los bolcheviques todavía puede, por un momento, mezclar las cartas en el ánimo del pueblo. Pero no puede eliminar ni atenuar de ninguna manera la cuestión de la responsabilidad del gobierno. Sean o no culpables los bolcheviques ¿cómo es posible que el gobierno no haya previsto nada? Parece no tener la más mínima comprensión del ejército que él mismo envía al combate. Sin preguntarse ni por un momento si el ejército era capaz de comenzar una ofensiva, se le ordenó avanzar. Y quienes estaban a la cabeza del gobierno no eran los bolcheviques. Fuesen los que fuesen los hechos en lo concerniente a éstos, todo el peso de la responsabilidad de la aventura trágica que ha sido la ofensiva recae sobre los hombros del gobierno de Kerensky, Tsereteli y Chernov.

Esta responsabilidad viene agravada por el hecho que las advertencias no provinieron solamente del campo de los internacionalistas. El diario imperialista *Novoye Vremia*, que mantiene estrechas relaciones con el estado mayor reaccionario, el 5 de agosto hacía las siguientes consideraciones sobre los preparativos de la ofensiva: “*El prudente Alexeyev, porque no quería entregar a una masacre a las fuerzas mal preparadas, porque no quería arriesgar por beneficios problemáticos ganancias ya adquiridas, fue reemplazado. La ilusión del éxito, el deseo de una paz rápida que los jefes de Petrogrado le impondrían a Alemania, llevaron a Brusilov a la cresta de la ola que rápidamente lo sumergió en cuanto las olas se precipitaron.*”

Estas elocuentes líneas explican y confirman las confusas consideraciones de *Riech* en el momento de la partida de Alexeyev sobre la despedida de ese “estratega vigilante” y su reemplazo por el “caballero” que no sabe qué es la reflexión. Imponiendo una ofensiva, los cadetes se escaparon a tiempo de la acusación de tener una política o una estrategia “de caballeros”, y se prepararon para salir ruidosamente del ministerio del 15 de julio. Y, en sus murmuraciones confidenciales a los oídos de la “democracia revolucionaria”, los ministros “socialistas” explicaban que el cambio de jefe militar, que era el resultado de hecho de la apuesta de la ofensiva, significaba la sustitución del “monárquico” Alexeyev por el “demócrata” Brusilov. ¡Así es como se hace la historia!

Tras haber “entregado a la masacre a fuerzas no preparadas” (por usar la expresión de *Novoye Vremia*) y haber chocado con las terribles consecuencias de esta gesta, ya no le quedaba al gobierno otra opción más que confiarle a Dan, Lieber y al resto de gentileshombres patriotas, la tarea de emprender un pogromo sistemático contra los bolcheviques. Esta es una parte de ese mismo “trabajo constructivo” para la defensa nacional que está muy adaptada a las medidas de los “líderes” arriba mencionados. En su esfuerzo para distanciarse de todos los chillones burgueses, los Dan y los Lieber despoticaron contra los “demagogos” que extienden entre las “masas ignorantes de los

soldados” consignas como “publicación de los tratados secretos”²², “ruptura completa con los imperialistas”, etc. “Es verdad, confirman con menosprecio los chillones burgueses, pero eso también se aplica a la Orden n° 1 y al manifiesto de abril, que habéis hecho circular de manera demagógica entre las masas ignorantes de los soldados”. Y cuando los Dan y los Lieber, secándose el frío sudor que les resbala por la frente, hacen todos los esfuerzos para recordar los más elementales principios del pensamiento revolucionario a fin de justificar sus pecados de juventud, descubren con horror que no tienen otra cosa que hacer más que repetir nuestras palabras. Y aquí está el punto decisivo, pues nuestras consignas no contienen otra cosa más que las consecuencias necesarias del desarrollo de la revolución, de la que tanto la Orden n° 1 como el manifiesto de abril marcan la primera etapa.

Pero lo más notable en todo este asunto es que, a primera vista, los ministros “socialistas”, a pesar de los escalofriantes resultados de la ofensiva, continúan anotándose en su haber y, en sus conferencias con la burguesía, refiriéndose a la ofensiva como su gran contribución patriótica.

“Os pregunto, ha espetado Tsereteli en la conferencia de Moscú, ¿quién habría sido más capaz de hacer avanzar a los ejércitos de la Rusia revolucionaria: el ministro de la guerra Guchov o el ministro de la guerra Kerensky?” (*Bravos y aplausos*)

Tsereteli se vanagloria abiertamente, pues, del hecho que Kerensky haga exactamente el trabajo que Guchov debería de haber hecho pero que se demostró estar por encima de sus fuerzas porque no podía beneficiarse del prestigio de la democracia “revolucionaria”. Y la burguesía, a pesar de la catástrofe provocada por la ofensiva, reconoce de buen grado los servicios prestados por Kerensky.

En la conferencia de Moscú, el cadete Nobokov ha declarado que “sabemos bien, y nos acordaremos de ello, que el gran impulso de entusiasmo que se ha apoderado del ejército desde hace dos meses, y que en estos terribles días ha añadido una gloriosa página a nuestra historia, fue inspirado por el hombre que se encuentra ahora a la cabeza del Gobierno Provisional. La historia no olvidará los servicios que hasta el momento ha prestado.”

En consecuencia, está completamente claro que la “gloriosa página” que fue la ofensiva del 1 de julio no tiene absolutamente ninguna relación con la defensa nacional pues la eficacia militar de Rusia, a consecuencia de la ofensiva, simplemente se ha degradado. Si la burguesía habla, a pesar de todo, de la ofensiva en términos laudatorios lo hace por la simple razón que el golpe severo infringido a nuestro ejército por la política de Kerensky ha creado las condiciones propicias para la extensión del pánico y para los planes contrarrevolucionarios. Todo el poder de la democracia S.R. y menchevique estaba consagrado a imponer la ofensiva, y esta ofensiva ha barrido completamente a ese régimen de contradicciones y de quiebra que los líderes filisteos se han empeñado en sostener con toda su engañosa ingenuidad.

La burguesía y sus generales consideran ahora la ofensiva y la cuestión de la paz bajo el ángulo de su política interna, es decir del progreso de la contrarrevolución. El general Kornilov lo ha explicado muy claramente en la conferencia de Moscú. “No podemos alcanzar la paz actualmente [ha dicho] aunque sólo sea porque no estamos en condiciones de llevar a buen puerto la desmovilización. En primer lugar es necesario volver a poner en pie el prestigio de los oficiales.” En el ejército estaba concentrada demasiada gente armada *por* el gobierno, y que tenía *hacia* el gobierno exigencias demasiado radicales. Únicamente la prosecución de la guerra, sin tener en cuenta las posibilidades de éxito, ofrecería la posibilidad de “volver a poner en pie el prestigio de

²² Ver en estas EIS: *¡Por la paz! ¡Abajo la diplomacia secreta!*

los oficiales”, de recuperar el control sobre las masas de soldados y asegurar una desmovilización que impidiese a los soldados amenazar los pilares de la propiedad y al gobierno imperialista. Y si para alcanzar ese objetivo se demostrase necesaria una paz por separado, la burguesía concluiría, sin rechistar, una paz de ese género.

Desde el 1 de julio, la contrarrevolución avanza a grandes pasos, con una absoluta seguridad. Y no se detendrá hasta que no reciba un golpe severo.

¿Y ahora qué?

17 de agosto de 1917

Es casi seguro que el actual gobierno, que es la misma encarnación de la incompetencia indecisa y malintencionada, no aguantará el choque del ataque sufrido en Moscú y sufrirá nuevos reajustes. El general Kornilov no explica en vano que no hay que temer una nueva crisis política. En el momento presente, tal crisis puede ser superada rápidamente por un nuevo deslizamiento a derecha. Bajo esas circunstancias, saber si Kerensky obtendrá o no un margen suplementario de independencia en relación al control organizado de la democracia, que será reemplazado por un “gobierno invisible” (y por tanto mucho más real) de las camarillas imperialistas; saber si el nuevo gobierno mantendrá relaciones precisas con el estado mayor de las clases poseedoras que sin duda alguna se creará en la conferencia de Moscú; saber cuál será el lugar de los bonapartistas “socialistas” en la nueva combinación gubernamental: todo esto es secundario. Pero, incluso si el ataque de la burguesía debe ser rechazado, incluso si la conferencia de Moscú debe llevar a una nueva salida de los cadetes del gobierno, el poder usurpado de la “democracia revolucionaria” no será de ninguna forma un poder realmente revolucionario y democrático. Completamente atados por sus compromisos contra los trabajadores y los soldados de reserva, los líderes oficiales del sóviet se verán obligados a proseguir su política de doble juego y de oportunismo. Al abandonar el gobierno, Konovalov no ha hecho otra cosa más que hacer recaer sobre los hombros de Skovelev²³ su misión. El ministerio Kerensky-Tsereteli, incluso sin los cadetes, continuará aplicando un programa semicadete. La eliminación de los cadetes sólo es una gota de agua en el mar; lo que hace falta es sangre nueva y métodos nuevos.

En cualquier caso, la conferencia de Moscú cierra y resume toda la fase de la revolución, durante la cual el papel dirigente lo detentaba la táctica S.R. y menchevique de cooperación con la burguesía, cooperación basada en la renuncia a los objetivos propios de la revolución y su subordinación a la idea de una coalición con los enemigos de la revolución.

La revolución rusa es un producto directo de la guerra. Ésta le suministró el instrumento necesario de una organización a escala nacional, es decir el ejército. El campesinado, que constituye la mayor parte de la población, fue organizado por la fuerza en el momento de la revolución. Los sóviets de delgados de soldados obligaron al ejército a designar a sus representantes políticos, y las masas campesinas automáticamente enviaron al sóviet a los intelectuales semiliberales, que traducían la vaguedad de sus esperanzas y aspiraciones al lenguaje del oportunismo mezquino y quisquilloso más despreciable. La intelligentsia pequeñoburguesa, que desde todos los puntos de vista está bajo la dependencia de la gran burguesía, tomó la dirección del campesinado. Los sóviets de delgados de los soldados-campesinos obtuvieron una neta mayoría sobre los representantes de los trabajadores. La vanguardia proletaria de Petrogrado quedó decretada como masa ignorante. La refinada flor de la revolución se encarnó en los S.R. y mencheviques de febrero, de los intelectuales “provincianos”,

²³ Konovalov, ministro de comercio en el Gobierno Provisional del príncipe Lvov, dimitió el 31 de mayo de 1917.

apoyados en los campesinos. Sobre esta base se elevó el Comité Ejecutivo Central por intermedio de las elecciones a dos y tres niveles. El Sóviet de Petrogrado, que en el curso del primer período cumplía funciones a escala de la nación, estaba sometido desde el principio a la influencia directa de las masas revolucionarias. El Comité Central, por el contrario, planeaba sobre las nubes de las cimas burocráticas revolucionarias, separado de los obreros y soldados de Petrogrado y visto por éstos con hostilidad.

Es suficiente con recordar que el Comité Central juzgó necesario llamar a las tropas del frente para romper las manifestaciones de Petrogrado que, en el momento de la llegada de las tropas, ya habían sido detenidas por los mismos manifestantes. Los dirigentes filisteos cometieron un suicidio político cuando se negaron a ver otra cosa que no fuese caos, anarquía y motines, en la tendencia (que era la natural consecuencia de toda la orientación del país) a equipar y armar a la revolución de todo el aparato de la autoridad. Al desarmar a los obreros y soldados de Petrogrado, los Tsereteli, Dan y Chernov, desarmaron a la vanguardia de la revolución y causaron un irreparable perjuicio a la influencia de su propio Comité Ejecutivo.

Ahora, enfrentados a las injerencias de la contrarrevolución, esos politicastos hablan de restablecer la autoridad e importancia de los sóviets. Su consigna del momento consiste en charlatanería sobre la organización de las masas alrededor de los sóviets. Esta forma abstracta de plantear la cuestión constituye, ya de por sí, un procedimiento profundamente reaccionario. Bajo un pretendido llamamiento a la organización lo que se esconde es una tentativa de esquivar la cuestión de los objetivos políticos y los métodos de lucha. Organizar a las masas para “devolverles la autoridad” a los sóviets es una empresa lamentable e inútil. Las masas tenían confianza en los sóviets, los seguían, los elevaron a una extraordinaria altura. Y el resultado que han podido constatar es la rendición de los sóviets ante los peores enemigos de las masas. Sería pueril suponer que las masas podrían o querrían recomenzar una experiencia histórica ya zanjada. Tras haber perdido confianza en el centro hoy en día dominante de la democracia, para que las masas no pierdan también confianza en la misma revolución es preciso suministrarles un juicio crítico sobre todo el trabajo político realizado hasta aquí en el curso de la revolución, y ello equivale a una condena sin paliativos de todos los “esfuerzos” de los líderes S.R. y mencheviques.

Nosotros les diremos a las masas: ellos hacen recaer toda la responsabilidad sobre los hombros de los bolcheviques, pero ¿por qué han sido incapaces de batir a los bolcheviques? Para ello contaban no solamente con la mayoría en los sóviets, sino, también, con toda la autoridad del gobierno, y, como mínimo, han sabido encontrar los medios para hacerse vencer por un “complot” de aquellos a quienes ellos llaman una banda ínfima de bolcheviques.

En Petrogrado, tras los acontecimientos de los días 16-18 de julio, los S.R. y los mencheviques no han dejado de debilitarse, mientras que los bolcheviques se reforzaban. Lo mismo en Moscú. Ello demuestra claramente que la política de los bolcheviques expresa las exigencias reales de la revolución a medida que se desarrolla, mientras que la “mayoría” S.R. y menchevique no hace más que perpetuar la impotencia y el atraso anteriores de las masas. Pero, ahora, ese inmovilismo ya no es adecuado: debe, pues, ser impuesto y reforzado mediante la más feroz represión. Esa gente lucha contra la misma lógica de la revolución, y por ello se les puede encontrar en el mismo campo que a los enemigos de clase conscientes de la revolución. Y justamente por este motivo tenemos del deber de debilitar la confianza que se les tiene depositada, en nombre del día de la revolución que es nuestro futuro.

El carácter absolutamente vacío de la consigna “refuerzo de los sóviets” sobresale más claramente que nada de las relaciones entre el Comité Ejecutivo Central y

el Sóviet de Petrogrado. Cuando se dio cuenta de que el sóviet, apoyado en las filas avanzadas del proletariado y de los soldados que se habían pasado a su lado, marchaba cada vez más resueltamente hacia las posiciones del socialismo revolucionario, *el Comité Ejecutivo Central minó sistemáticamente la autoridad e importancia del Sóviet de Petrogrado*. Durante meses enteros éste no fue convocado. De hecho se le ha robado su diario, *Izvestia*, en el que los pensamientos y la vida del proletariado de Petrogrado ya no encuentran ninguna expresión. Cuando la prensa burguesa calumnia con furia y difama a los dirigentes del proletariado de Petrogrado, *Izvestia* ni ve nada ni entiende nada. Bajo esas circunstancias, ¿qué sentido puede tener la consigna “refuerzo de los sóviets”? Sólo es posible una sola respuesta. Quiere decir refuerzo del Sóviet de Petrogrado *contra* el Comité Ejecutivo Central, que está burocratizado y cuya composición se mantiene intacta. Tenemos que obtener la completa independencia de organización, protección y funcionamiento para el Sóviet de Petrogrado. Este es el problema más importante, y su resolución es el primer punto del orden del día. El Sóviet de Petrogrado debe convertirse en el centro de una nueva movilización revolucionaria de las masas de trabajadores, soldados y campesinos, en una nueva lucha por el poder. Tenemos que sostener con todas nuestras fuerzas la iniciativa tomada por la Conferencia de los Comités de Obreros de Fábrica para la convocatoria del *Congreso Panruso de Delegados Obreros*. Para que el proletariado pueda agrupar a las masas empobrecidas de soldados y campesinos, su política debe ser radical e inexorablemente opuesta a la táctica del Comité Ejecutivo Central. Después de lo que acabamos de decir, está claro que la idea emitida por *Novaya Zin* de una unión entre los mencheviques y nosotros es vana, reaccionaria y utópica. Solo si el proletariado, en tanto que clase, reestructura su organización central a escala del país se podrá obtener ese resultado. Nos es imposible predecir todos los giros y rodeos del curso de la historia. En tanto que partido político, no podemos ser responsabilizados del curso de la historia. Pero por ello somos más responsables ante nuestra clase: hacerla capaz de llevar a buen puerto su misión a través de todos los desvíos del curso histórico, he ahí nuestro deber fundamental.

Las clases dirigentes, con el “gobierno de salvación”²⁴, hacen todo lo que está en sus manos para imponer los problemas políticos de la revolución a la atención no solamente de los trabajadores, sino, también, del ejército y las provincias, y bajo una forma lo más aguda posible. Los S.R. y los mencheviques han hecho, y hacen todavía, todo lo que pueden para desplegar ante los sectores más amplios de las masas trabajadoras del país la quiebra completa de su táctica. Le corresponde ahora a nuestro partido, con energía, vigilancia e insistencia, sacar todas las conclusiones inevitables de la situación actual y ponerse a la cabeza de las masas desheredadas y agotadas para entablar una resuelta batalla a favor de su dictadura revolucionaria.

²⁴ El 15 de julio de 1917, los cadetes abandonaron el Gobierno Provisional a consecuencia del asunto de Ucrania. Kerensky remodeló su gabinete, y el 4 de agosto se convirtió en primer ministro. Tsereteli, ministro del interior, fue el autor de la vergonzosa ordenanza de policía en virtud de la cual se dictaron los mandatos de arresto contra Lenin, Trotsky y otros, ¡y fue él quien bautizó la nueva coalición como “gobierno de salvación”! Fue proclamado como tal el 22 de julio. Pero la nueva coalición no duró más que quince días.

El carácter de la revolución rusa²⁵

22 de agosto de 1917

Los escribas y políticos liberales y S.R.-mencheviques se preocupan mucho del significado sociológico de la revolución rusa. ¿Es una revolución burguesa o cualquier otro tipo de revolución? A primera vista, esta teorización académica puede parecer un tanto enigmática. Los liberales no tienen nada que ganar revelando los intereses de clase que están tras “su” revolución. En cuanto a los “socialistas” pequeñoburgueses, éstos no utilizan en general el análisis teórico en su actividad política sino que prefieren invocar el “sentido común”, dicho de otra forma: la mediocridad y ausencia de principios. El hecho es que el juicio de Miliukov-Dan, inspirado por Plejánov, sobre el carácter burgués de la revolución rusa no contiene ni una onza de teoría. Ni Yedinstvo, ni Riecht, ni Dien, ni *Rabochaya Gazeta* se rompen la cabeza en precisar qué entienden por revolución burguesa. El objetivo de sus maniobras es puramente práctico: se trata de demostrar el “derecho” de la revolución burguesa a ejercer el poder. Incluso si los soviets representan a la mayoría de la población políticamente formada, incluso si en todas las elecciones democráticas, tanto en la ciudad como en el campo, han resultado ampliamente barridos los partidos capitalistas, “puesto que la revolución tiene un carácter burgués”, es necesario preservar los privilegios de la burguesía y concederle al gobierno un papel que no le corresponde por derecho de acuerdo con la configuración de los grupos políticos en el país. Si debemos actuar de acuerdo con los principios del parlamentarismo democrático, está claro que el poder pertenece a los social-revolucionarios, ya por separado ya aliados con los mencheviques. Pero, como “nuestra revolución es una revolución burguesa”, los principios de la democracia quedan suspendidos, y los representantes de la aplastante mayoría del pueblo reciben cinco puestos en el gobierno mientras que los representantes de una ínfima minoría obtienen diez veces más. ¡Al diablo con la democracia! ¡Viva la sociología de Plejánov!

“¿Se ha de suponer que querrían ustedes una revolución burguesa sin burguesía?” Pregunta finamente Plejánov llamando en su auxilio a Engels y a la dialéctica.

“¡Exacto!”, Interrumpe Miliukov. “Nosotros, los cadetes, estaríamos dispuestos a abandonar el poder que el pueblo, evidentemente, no quiere darnos. Pero no podemos zafarnos de la ciencia.” Se refiere al “marxismo” de Plejánov como autoridad.

Plejánov, Dan y Potresov explican que, puesto que nuestra revolución es una revolución burguesa, tenemos que formar una alianza política entre trabajadores y explotados. Y, a la luz de esta sociología, la payasada del apretón de manos entre Bublikov y Tsereteli se descubre en todo su significado histórico.

Solo hay un problema y es que ese mismo carácter burgués de la revolución, que ahora sirve para justificar la coalición entre los socialistas y los capitalistas, durante un buen número de años ha sido considerado por esos mismos mencheviques de forma que llevaba a conclusiones diametralmente opuestas.

Habitualmente decían que, puesto que en una revolución burguesa el gobierno en el poder no puede tener otra función que no sea la de salvaguardar la dominación de

²⁵ Tomado de *El carácter de la revolución rusa*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

la burguesía, está claro que el socialismo no tiene nada que hacer en él, que su lugar no está en el gobierno sino en la oposición. Plejánov consideraba que los socialistas no podían *bajo ninguna condición* participar en un gobierno burgués y atacó violentamente a Kautsky, cuya firmeza aceptaba en este punto algunas excepciones. “Tempora legesque mutantur”²⁶, decían los gentileshombres del antiguo régimen. Parece ser que éste es también el caso de las “leyes” de la sociología de Plejánov.

Poco importa la contradicción entre las opiniones de los mencheviques y de su líder Plejánov pues, cuando se comparan sus declaraciones de antes de la revolución y las de hoy en día, las dos formulaciones están dominadas por un único pensamiento: no se puede hacer una revolución burguesa “sin la burguesía”. A primera vista, esto puede parecer una evidencia. Pero solamente es una tontería.

La historia de la humanidad no comenzó con la conferencia de Moscú. Antes hubo revoluciones. A fines del siglo XVIII se produjo en Francia una revolución que se llamó, con justicia, la “Gran Revolución”. Era una revolución burguesa. En el curso de una de sus fases, el poder cayó en manos de los jacobinos que estaban apoyados por los “sans-culottes”, es decir por los trabajadores semiproletarios de las ciudades, y que interpusieron el nítido rectángulo de la guillotina entre ellos y los girondinos, el partido liberal de la burguesía, los cadetes de la época. Lo que le dio a la Revolución Francesa su importancia histórica, lo que hizo de ella la “Gran Revolución”, fue únicamente la dictadura de los jacobinos. Y, sin embargo, esta dictadura fue instaurada no solamente *sin* la burguesía sino, además, *contra* ella y a pesar de ella. Robespierre, que no tuvo la oportunidad de iniciarse en las ideas de Plejánov, derogó todas las leyes de la sociología y, en lugar de estrechar la mano de los girondinos, les cortó la cabeza. Sin lugar a dudas era cruel. Pero esta crueldad no le impidió a la Revolución Francesa devenir la “Gran” dentro de los límites de su carácter burgués. Marx, en nombre del que se comenten hoy en día tantas fechorías en nuestro país, ha dicho que “*Todo el terrorismo francés no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía*”²⁷. Y como la burguesía tenía mucho miedo de esos métodos plebeyos para acabar con los enemigos del pueblo, los jacobinos no solamente privaron a la burguesía del poder sino que, además, le aplicaron una ley de hierro y sangre cada vez que realizaba alguna tentativa para detener o “moderar” el trabajo de los jacobinos. En consecuencia, está claro que los jacobinos llevaron a cabo una revolución burguesa sin la burguesía.

Engels escribió a propósito de la revolución inglesa de 1648: “Para que la burguesía se embolsase aunque sólo fueran los frutos del triunfo que estaban bien maduros, fue necesario llevar la revolución bastante más allá de su meta; exactamente como habría de ocurrir en Francia en 1793 y en Alemania en 1848. Parece ser ésta, en efecto, una de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad burguesa.”²⁸ Puede verse que la ley de Engels se opone diametralmente a la construcción ingeniosa de Plejánov que los mencheviques han adoptado y extendido por todas partes como si fuera marxismo.

Se puede objetar perfectamente que los jacobinos pertenecían a la burguesía, a la pequeña burguesía. Es completamente cierto. Pero ¿no es éste también el caso de la pretendida “democracia revolucionaria” dirigida por los S.R. y mencheviques? Entre el partido cadete, que representa a los intereses de los propietarios más o menos grandes, y los social-revolucionarios no ha habido ningún partido intermedio en ninguna de las

²⁶ El tiempo y las leyes cambian.

²⁷ C. Marx, “La burguesía y la contrarrevolución” (Segundo artículo), en *Obras Escogidas de Marx y Engels*, tres tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, página 142.

²⁸ F. Engels, “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en *Ibidem*, Tomo III, páginas 109-110.

elecciones, ya sea en la ciudad o en el campo. De ahí se deduce, con matemática certeza, que la pequeña burguesía debe haber encontrado su representación política en las filas de los social-revolucionarios. Los mencheviques, cuya política no difiere ni un ápice de la de los S.R., reflejan los mismos intereses de clase. Ello no es contradictorio con el hecho que también estén apoyados por una fracción de los trabajadores más atrasados, más conservadores y privilegiados. ¿Por qué los S.R. han sido incapaces de asumir el poder? ¿En qué sentido y por qué el carácter “burgués” de la revolución rusa (si se supone que tal es el caso) obliga a los S.R. y mencheviques a reemplazar los métodos plebeyos de los jacobinos por el procedimiento tan elevado de un acuerdo con la burguesía contrarrevolucionaria? Evidentemente hay que buscar los motivos no en el carácter “burgués” de nuestra revolución sino en el carácter lamentable de nuestra democracia pequeñoburguesa. En lugar de utilizar el poder que tiene en las manos como órgano para la realización de las exigencias esenciales de la historia, nuestra democracia fraudulenta ha devuelto respetuosamente todo el poder real a la camarilla contrarrevolucionaria y militarimperialista, y Tsereteli, en la conferencia de Moscú, ha podido vanagloriarse de que los soviets no habían abandonado el poder a la fuerza, tras una derrota en una valerosa lucha, sino que lo habían hecho de buen grado, como prueba de autoeliminación política. Con la dulzura del ternero que tiende el cuello al cuchillo del carnicero no pueden conquistarse nuevos mundos.

La diferencia entre los terroristas de la Convención y los capituladores de Moscú es la diferencia entre tigres y terneros: una diferencia de coraje. Pero esta diferencia no es fundamental. No hace más que ocultar una diferencia decisiva en el personal de la misma democracia. Los jacobinos tenían su base en las clases de los pequeños poseedores o no poseedores, incluyendo al embrión de proletariado que entonces ya existía. En nuestro caso, el proletariado industrial se ha ido de la democracia imprecisa para ocupar en la historia una posición en la que ejerce una influencia de primera magnitud. La democracia pequeñoburguesa perdía sus cualidades revolucionarias más preciosas a medida que esas cualidades se desarrollaban en el proletariado que se deshacía de la tutela pequeñoburguesa. Este fenómeno a su vez se debió al grado incomparablemente más elevado del desarrollo capitalista en Rusia en relación con la Francia de fines del siglo XVIII. El poder revolucionario del proletariado ruso, que no puede medirse en absoluto según su importancia numérica, se basa en su inmenso poder productivo, que se presenta más claramente que nunca en tiempos de guerra. La amenaza de una huelga de ferrocarriles nos recuerda de nuevo, hoy en día, cómo todo el país depende del trabajo concentrado del proletariado. Al principio de la revolución, el partido pequeñoburgués campesino estaba sometido al fuego cruzado de los potentes grupos formados por las clases imperialistas, por una parte, y del proletariado revolucionario e internacionalista por la otra parte. En su lucha para ejercer una influencia propia sobre los trabajadores, la pequeña burguesía no ha dejado de vanagloriarse de su “talento para gestionar el estado”, de su “patriotismo”, y así ha caído en una servil dependencia en relación con los grupos capitalistas contrarrevolucionarios. Al mismo tiempo, ha perdido toda posibilidad de liquidar aunque solo fuese la antigua barbarie que impregnaba a los sectores de la población que todavía la seguían. La lucha de los S.R. y mencheviques para influenciar al proletariado cedía el lugar, cada vez más, a una lucha del partido proletario para obtener la dirección de las masas semiproletarias de las ciudades y aldeas. Como de “buen grado” han transmitido su poder a las camarillas burguesas, los S.R. y mencheviques se han visto obligados a transmitir integralmente la misión revolucionaria al partido del proletariado. Ello ya es suficiente para mostrar que la tentativa de zanjar las cuestiones tácticas fundamentales mediante una simple referencia al carácter “burgués” de nuestra

revolución solamente puede llevar la confusión a las mentes de los trabajadores atrasados y engañar a los campesinos.

Durante la revolución de 1848 en Francia, el proletariado ya realizó heroicos esfuerzos para actuar de forma autónoma. Pero ni tenía todavía teoría revolucionaria clara ni organización de clase reconocida. Su importancia en la producción era infinitamente menor que la función económica actual del proletariado ruso. Además, debajo de 1848 había otra gran revolución que había resuelto, a su manera, la cuestión agraria y de ello resultó un claro aislamiento del proletariado, sobre todo del de París en relación con las masas campesinas. Nuestra situación al respecto es infinitamente más favorable. Las hipotecas sobre la tierra, las obligaciones vejatorias de toda suerte y la rapaz explotación de la Iglesia, se le imponen a la revolución como problemas ineludibles que exigen medidas valerosas y sin compromiso. El “aislamiento” de nuestro partido en relación con los S.R. y menchevique no significaría en absoluto un aislamiento del proletariado en relación con las masas oprimidas de las ciudades y el campo. Por el contrario, una resuelta oposición política del proletariado revolucionaria a la pérfida defección de los actuales líderes del soviet no puede más que entrañar una sana diferenciación entre los millones de campesinos, arrancar a los campesinos pobres de la influencia traidora de los pujantes mujiks social-revolucionarios, y convertir al proletariado socialista en el verdadero líder de la revolución popular, “plebeya”.

Por fin, una simple referencia vacía de sentido al carácter burgués de la revolución rusa no nos dice nada sobre el carácter *internacional* de su *entorno*. Y éste es un factor de primera magnitud. La gran revolución jacobina se vio enfrentada a una Europa atrasada, feudal y monárquica. El régimen jacobino cayó, dejando libre el lugar al régimen bonapartista, bajo el peso del esfuerzo sobrehumano que tuvo que realizar para subsistir contra las fuerzas unidas de la Edad Media. La revolución rusa, por el contrario, se encuentra ante una Europa que le lleva mucha ventaja y que ha alcanzado un grado más elevado de desarrollo capitalista. La masacre actual muestra que Europa ha llegado al punto de saturación capitalista, que ya no puede continuar viviendo y creciendo sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción. Ese caos de sangre y ruinas es la furiosa insurrección de las fuerzas mudas y sombrías de la producción, es la revuelta del hierro y del acero contra la dominación del beneficio, contra la esclavitud asalariada, contra el miserable callejón sin salida de nuestras relaciones humanas. El capitalismo, atrapado en el incendio de una guerra que ha desatado él mismo, grita a la humanidad por boca de sus cañones: “¡Sal victorioso o te sepultaré bajo mis ruinas cuando caiga!”

Toda la evolución pasada, los millares de años de historia de la humanidad, de lucha de clases, de acumulación cultural, se concentran ahora en el único problema de la revolución proletaria. No hay otra respuesta ni otra salida. Y eso es lo que le confiere a la revolución rusa su formidable fuerza. No es una revolución “nacional”, burguesa. Quien la conciba así queda rezagado en el reino de las alucinaciones de los siglos XVIII y XIX. La suerte futura de la revolución rusa depende directamente del curso y resultado de la guerra, es decir de la evolución de las contradicciones de clases en Europa a las que esta guerra imperialista les confiere una catastrófica naturaleza.

Los Kerensky y los Kornilov han comenzado demasiado pronto a hablar el lenguaje de dictadores rivales. Los Kaledin han mostrado sus dientes demasiado pronto. El renegado Tsereteli ha cogido demasiado pronto el despreciable dedo que le tendía la contrarrevolución. Hasta el presente, la revolución sólo ha dicho su primera palabra. Todavía tiene formidables reservas en Europa occidental. En lugar del apretón de manos de los jefes de banda de gánsteres reaccionarios y de los inútiles de la pequeña burguesía, vendrá el gran abrazo del proletariado ruso y del proletariado de Europa.

*Cuestiones de táctica internacional*²⁹

24 de agosto de 1917

Los agrupamientos políticos de clase han aparecido en la revolución rusa con una claridad sin precedentes, pero la confusión que reina en el dominio de nuestra ideología tampoco tiene precedentes. El retraso del desarrollo histórico de Rusia le ha permitido a la intelligentsia pequeñoburguesa adornarse con plumas de pavo real de la más deliciosa teoría socialista. Pero ese bello plumaje no tiene otra función más que la cubrir su marchita desnudez. Que los socialistas-revolucionarios y los mencheviques no hayan asumido el poder ni a principios de marzo, ni el 16 de mayo, ni el 16 de julio³⁰, no tiene nada que ver con el carácter “burgués” de nuestra revolución, ni con la imposibilidad de llevar a cabo esa acción sin la burguesía. Se debe al hecho que los “socialistas” pequeñoburgueses, completamente enredados en las mallas del imperialismo, todavía no son capaces de hacer ni la décima parte del trabajo que hicieron los jacobinos hace ahora ciento veinticinco años. Parlotean sobre la defensa de la revolución y del país pero eso no les impedirá entregar sus posiciones, una tras otra, a la reacción burguesa. Por ello la lucha por el poder deviene el primer y principal problema de la clase obrera y veremos a la revolución desvestirse simultánea e integralmente de su vestimenta “nacional” y burguesa.

O bien sufriremos un formidable salto atrás, en dirección a un régimen imperialista fuerte que acabará muy probablemente en monarquía. Los soviets, los comités de campesinos, las organizaciones de soldados y otras muchas cosas más serán destrozados y se desechará a los Kerensky y Tsereteli. *O bien* el proletariado, arrastrando tras de sí a las masas semiproletarias y abandonando a sus líderes anteriores (en este caso también Kerensky y Tsereteli serán desechados), establecerá el régimen de la democracia obrera. Los éxitos ulteriores del proletariado dependerán entonces, ante todo, de la revolución alemana.

Para nosotros el internacionalismo no es una noción abstracta que sólo existe para traicionarla a cada instante (eso está bien para Tsereteli y Chernov); es un principio directamente dominante y profundamente práctico. Según nuestro punto de vista, sin una revolución europea son difíciles los éxitos durables y decisivos. No podemos, por tanto, lograr éxitos parciales al precio de procedimientos y combinaciones susceptibles de crear obstáculos en el camino del proletariado europeo. Aunque solo sea por este motivo, vemos la condición *sine qua non* de todo nuestro trabajo político en una oposición sin compromisos con los socialpatriotas.

“¡Camaradas del mundo entero, gritó uno de los oradores en el Congreso Panruso de los Soviets, atrasad vuestra revolución social cincuenta años más!” Inútil es decir que ese consejo bien intencionado fue acogido por los mencheviques y social-revolucionarios con satisfechos aplausos.

²⁹ Tomado de [Cuestiones de táctica internacional](#), Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

³⁰ La revolución comenzó el 8 de marzo en Petrogrado. El día 11, el soviet de Petrogrado entró en funciones. El 12 se formó el Comité Ejecutivo Provisional de la Duma. En mayo se produjo una crisis ministerial causada por la dimisión de Miliukov el día 15, crisis que llevó a la formación del primer gobierno de coalición. Nueva crisis el 16 de julio y segundo gobierno de coalición.

Precisamente sobre ese punto, sobre la cuestión de sus relaciones con la revolución social, es sobre el que la diferencia de las diversas formas del utopismo oportunista pequeñoburgués y el socialismo proletario deviene importante. Existe un buen número de “internacionalistas” que explican la crisis de la Internacional como una intoxicación pasajera de chovinismo debida a la guerra, y que piensan que, tarde o temprano, volverá a su posición anterior, que los antiguos partidos políticos se encaminarán de nuevo por la vía de la lucha de clases que por el momento han perdido de vista. ¡Infantiles y ridículas esperanzas! La guerra no es una catástrofe exterior; con la rebelión de las fuerzas productivas en desarrollo en esta sociedad, destruye el equilibrio de la sociedad capitalista contra los límites impuestos por las fronteras nacionales y las formas privadas de la propiedad. O bien veremos convulsiones continuas de las fuerzas productivas, bajo la forma de repetidas guerras imperialistas, o bien veremos una organización socialista de la producción: esta es la alternativa que nos plantea la historia.

Tampoco la crisis de la Internacional es un fenómeno exterior o debido al azar.

Los partidos socialistas de Europa se constituyeron en una época de equilibrio capitalista relativo y de adaptación reformista del proletariado al parlamentarismo nacional y al mercado nacional. “...a pesar de reconocer [el socialismo pequeñoburgués interno al partido socialdemócrata de Alemania] la exactitud de los conceptos fundamentales del socialismo moderno y de la demanda de que todos los medios de producción sean transformados en propiedad social, se declara que su realización es solamente posible en un futuro lejano, prácticamente imprevisible.”³¹ Gracias a la considerable duración del período “pacífico”, ese socialismo pequeñoburgués devino realmente dominante en la antigua organización del proletariado. Sus límites y su quiebra han adquirido las más chocantes formas desde que la acumulación pacífica de las contradicciones ha cedido el lugar a un formidable cataclismo imperialista. No solamente los viejos gobiernos nacionales sino, también, los partidos socialista burocratizados, que habían madurado con ellos, han mostrado que no estaban a la altura de las exigencias del progreso. Y, más o menos, se podría haber previsto todo esto.

Hace ahora doce años escribíamos: “La tarea del partido socialista era y es la de revolucionar la conciencia de la clase obrera en la misma medida en que el desarrollo del capitalismo ha revolucionado las condiciones sociales. Sin embargo, el trabajo de agitación y organización en las filas del proletariado está marcado por una inmovilidad interna. Los partidos socialistas europeos, especialmente el más grande entre ellos, el alemán, han desarrollado un conservadurismo propio, que es tanto más grande cuanto mayores son las masas abarcadas por el socialismo y cuanto más alto es el grado de organización y disciplina de estas masas. Consecuentemente, la socialdemocracia, como organización, personificando la experiencia política del proletariado, puede llegar a ser, en un momento determinado, un obstáculo directo en el camino de la disputa abierta del proletariado por el poder.”³² (*Nasha Revolutsia*, 1906, página 285). Pero aunque los marxistas revolucionarios estaban lejos de fetichizar a los partidos de la Segunda Internacional, nadie podía prever que la destrucción de esas gigantescas organizaciones sería tan cruel y tan catastrófica.

A nuevos tiempos, nuevas organizaciones. Bajo el bautismo de fuego, ahora se crean partidos revolucionarios por todas partes. Los numerosos descendientes ideológico-políticos de la Segunda Internacional no han existido en vano. Pero pasan

³¹ F. Engels, “Contribución al problema de la vivienda”, Prefacio a la segunda edición, 1887, en *Obras Escogidas*, 2 volúmenes, Volumen 2, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, páginas 538-539.

³² L. Trotsky, “Resultados y perspectivas”, en *1905. Resultados y perspectivas*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, París, 1971, página 217.

por una purificación interna: generaciones enteras de filisteos “realistas” quedan arrumbadas y las tendencias revolucionarias del marxismo quedan por primera vez reconocidas en su pleno significado político.

En cada país, la tarea no es mantener una organización que se sobrevive a sí misma, sino reunir a los elementos revolucionarios realmente ofensivos del proletariado que en la lucha contra el imperialismo ya se ven atraídos a las primeras filas. En el plano internacional, la tarea no es reunir y “reconciliar” a los socialistas ministerialistas en conferencias diplomáticas (¡como en Estocolmo!³³), sino asegurar la unión de los internacionalistas revolucionarios de todos los países y buscar una orientación común para la revolución social en cada país.

A decir verdad, los internacionalistas revolucionarios que están a la cabeza de la clase obrera no representan hoy en día, a lo largo de Europa, más que una minoría insignificante. Pero nosotros, rusos, deberíamos ser los últimos en asustarnos por este estado de cosas. Sabemos con qué rapidez la minoría puede convertirse en mayoría durante las crisis revolucionarias. Desde el mismo momento en que la acumulación del descontento de la clase obrera acabe haciendo estallar el caparazón de la disciplina gubernamental, el grupo de Liebknecht, Luxemburg, Mehring y sus seguidores³⁴, ganará inmediatamente un papel dirigente a la cabeza de la clase obrera alemana. Únicamente una política revolucionaria socialista puede justificar una escisión en la organización: pero al mismo tiempo hace inevitable tal escisión.

Contrariamente a nosotros, los mencheviques internacionalistas (aquellos que se asemejan al camarada Martov) rechazan reconocer el carácter revolucionario socialista de nuestras tareas políticas. Declaran en su programa que Rusia no está todavía preparada para el socialismo y que nuestro papel está, necesariamente, limitado a la fundación de una república democrática burguesa. Toda su actitud se basa en el rechazo total a los problemas internacionales del proletariado. El razonamiento de Martov sería correcto si Rusia estuviese sola en el mundo. Pero estamos comprometidos en la realización de una revolución mundial, en una lucha contra el imperialismo mundial, con las tareas del proletariado mundial, que incluye al proletariado ruso. En lugar de explicarle a los trabajadores que los destinos de Rusia están hoy en día indisolublemente ligados a los de Europa, que el éxito del proletariado europeo no asegurará una más rápida realización de la sociedad socialista, que, por el contrario, una derrota del proletariado europeo nos hundirá bajo la dictadura imperialista y la monarquía y acabará reduciéndonos al estado de simple colonia de Inglaterra y de los Estados Unidos, en lugar de subordinar toda nuestra táctica a los objetivos generales y a los objetivos del proletariado europeo, el camarada Martov considera a la revolución rusa desde un estrecho punto de vista nacionalista y reduce las tareas de la revolución a la creación de una república democrática burguesa. Esta forma de plantear el problema es fundamentalmente falsa pues sobre ella sobrevuela la amenaza del nacionalismo mezquino que ha llevado a su caída a la Segunda Internacional.

El camarada Martov, limitándose en la práctica a una perspectiva nacional se reserva la posibilidad de vivir en el mismo campo que los socialpatriotas. Junto a Dan y Tsereteli, atraviesa indemne la “epidemia” de nacionalismo pues ésta acabará cuando lo

³³ La Conferencia de Estocolmo, propuesta por los socialistas escandinavos para presionar a favor de la paz entre las naciones beligerantes, no tuvo lugar. En abril de 1917, el danés Borbjerg extendió la invitación a los soviets de Petrogrado. Los mencheviques y los S.R. la aceptaron pero los bolcheviques la rechazaron.

³⁴ Los elementos de izquierda, opuestos a la guerra, de la socialdemocracia alemana, bajo la dirección de Liebknecht, Rosa Luxemburg y Mehring, constituyeron el 1 de enero de 1916 el “Grupo Internacional”. Enseguida se conoció con el nombre de “Liga Espartaco” y, el 1 de enero de 1919, devino el Partido Comunista de Alemania.

haga la guerra y tiene la intención de volver entonces, al mismo tiempo que aquellos, a los caminos “normales” de la lucha de clases. Martov está ligado a los socialpatriotas no por una simple y vacía tradición de partido, sino por una actitud profundamente oportunista frente a la revolución social, revolución que, según ellos, no debería ejercer ningún papel en la formulación de los problemas actuales. Y esto es lo que les separa de nosotros.

Para nosotros, la lucha por la toma del poder no constituye simplemente la próxima etapa de una revolución nacional democrática. No. Es el cumplimiento de nuestro deber internacional, la conquista de una de las posiciones más importantes en el conjunto del frente de lucha contra el imperialismo. Este punto de vista es el que determina nuestra posición sobre la pretendida cuestión de la defensa de la patria. Un desplazamiento temporal del frente, a un lado o a otro, no puede ni detener ni desviar nuestra lucha pues ésta se dirige contra los mismos fundamentos del capitalismo, que parece aplicarse en la destrucción imperialista mutua de los pueblos de todos los países.

¡Revolución permanente o masacre permanente! ¡Tal es la lucha de cuyo resultado depende la suerte de la humanidad!

*Discurso en la Conferencia Democrática*³⁵

27 de septiembre de 1917

¡Camaradas y ciudadanos!

No queremos escuchar buenos consejos, queremos un informe. Incluso Peschekonov, a modo de informe, nos ha leído una especie de poema en prosa sobre las ventajas de la coalición. Ha dicho que los ministros cadetes, en el gobierno de coalición, no se han comprometido (¡Gracias a dios!) en ningún sabotaje; no han hecho más que esperar sentados diciendo: “Simplemente vamos a ver cómo vosotros, socialistas, os traicionáis”. He dicho que *es* sabotaje por parte de un partido político, un partido capitalista, un partido muy influyente, entrar en el gobierno, en un momento de los más críticos de la historia, únicamente para poder observar desde dentro cómo los representantes de la democracia se traicionan, cuando, desde el exterior, ese mismo partido ayuda a Kornilov. El ciudadano Peschekonov ha prometido entonces explicarme la diferencia entre sabotaje y política. Pero se ha olvidado de mantener su promesa. Otro ministro de otro partido, un cadete, ha sacado determinadas conclusiones de su experiencia de ministro, pero en un sentido político más preciso. Quiero hablar de Kolochkin. Éste ha justificado su dimisión diciendo que los poderes extraordinarios atribuidos a Kerensky han reducido a los otros ministros a ser solamente ejecutantes de las órdenes del ministro-presidente, y que, en cuanto a él, no está dispuesto a aceptar esta situación.

Lo digo con toda franqueza: leyendo estas palabras me ha tentado aplaudir a nuestro enemigo Kolochkin. Aquí ha hablado con dignidad política y dignidad humana. Actualmente se dan grandes divergencias de opinión entre nosotros, tanto sobre el gobierno de coalición dimitente como también sobre el del futuro³⁶. Pero os pregunto ¿existe alguna divergencia fundamental sobre el gobierno actual y que habla hoy en día en nombre de Rusia? No he escuchado aquí ni a un solo orador reivindicar el honor poco envidiable de defender a ese monstruo de cinco cabezas que es el directorio, o a su presidente Kerensky (*Desorden, aplausos y protestas de “¡Viva Kerensky!”*)

Puede que recordéis cómo en esta misma tribuna otro antiguo ministro, Tsereteli, habló de su propia experiencia virilmente muy clarividente y diplomática; dijo que toda la culpa recaía sobre el mismo pueblo, pues había sido ese pueblo el que había elevado a un individuo a una tal altura que no podía dejar de decepcionarlo. No nombró a este individuo pero me podéis creer si afirmo que no pensaba en Tereschenko.

³⁵ Tomado de *Discurso en la Conferencia Democrática*, Edicions Internacionals Sedov -Trotsky inédito en internet y en castellano. La Conferencia Democrática (1.775 participantes; los bolcheviques eran minoritarios pero en algunas ocasiones llegaron a recoger más de un tercio de los votos), fue convocada por Kerensky tras la rebelión de Kornilov. Se celebró en el Teatro Alejandro, en Petrogrado, del 27 de septiembre al 5 de octubre de 1917. La conferencia se pronunció a favor de un gobierno de coalición sin los cadetes. Sin embargo, Kerensky formó con éstos un nuevo gobierno. Los bolcheviques participaron en la conferencia para exponer en ella su programa: la tierra a los campesinos, control obrero de la industria, denuncia de los tratados secretos, paz inmediata, armamento del pueblo, autodeterminación de las nacionalidades oprimidas. Después se retiraron de la conferencia. Ésta eligió, entre los participantes, un Preparlamento que duró hasta la revolución de octubre.

³⁶ El segundo gobierno de coalición, formado quince días antes, fue disuelto el 6 de agosto y se formó un tercero que duró justo hasta la insurrección de octubre.

En el discurso que desarrolló aquí, Kerensky respondió a nuestras críticas sobre la pena de muerte³⁷ diciendo “Podéis condenarme si jamás llego a firmar una orden de ejecución”.

Si la pena de muerte, pena que el mismo Kerensky abolió antaño, era necesaria, entonces os pregunto: ¿cómo Kerensky puede decir en la conferencia democrática que jamás utilizará la pena de muerte? Y si nos dice que juzga posible comprometerse a no utilizar la pena de muerte contra el pueblo, entonces yo digo que, hablando así, él ha hecho de la introducción de la pena de muerte una cosa tan fútil que es casi criminal. (*Gritos de “¡Es verdad!”*)

Este hecho refleja la total degradación actual de la república rusa. Esta república no tiene ni representación nacional reconocida ni gobierno responsable. Y si todos, divididos en relación con tantas otras cuestiones, estamos de acuerdo en un punto, ese punto es este: es indigno de un gran pueblo, y aún más de un pueblo que ha realizado una gran revolución, tolerar que el poder esté concentrado en manos de una sola persona, y de una persona que no es responsable ante el pueblo. (*Aplausos*)

Camaradas, numerosos oradores han señalado que en el período actual el fardo del poder es pesado y tiránico, y no le aconsejan a la democracia rusa, joven e inexperta, que asuma ese fardo; yo les pregunto ¿qué se puede decir entonces si es asumido por una sola persona que no ha demostrado en ninguna ocasión un talento particular, ni como jefe de estado ni como legislador? (*Gritos de “¡Basta ya!” y “continúe”*)

Camaradas, siento infinitamente que el punto de vista que ahora se expresa con tanta energía en esos gritos de protesta no haya encontrado hasta ahora ninguna expresión articulada en esta tribuna. (*Desorden y aplausos*)

Ningún orador ha subido a esta tribuna para decirnos: “¿Por qué reñís a propósito de la antigua coalición, por qué discutir sobre la futura coalición? ¡Tenéis a Kerensky y eso debe ser suficiente!” Nadie ha dicho esto. (*Estas palabras levantan una nueva oleada de protestas. “Callaré hasta que se restablezca el orden en esta sala”, declara Trotsky con voz firme y decidida. El presidente logra restablecer el orden*)

Nuestro partido no ha atribuido jamás la responsabilidad del régimen actual a la mala voluntad de ningún individuo. En el mes de mayo, cuando me dirigí al Sóviet de Delegados Obreros y Soldados de Petrogrado, dije: “Sois vosotros mismos, los partidos en lucha, los que creáis un régimen en el que la persona que cargará con la responsabilidad más pesada se verá obligada, independientemente de su propia voluntad, a convertirse en un Bonaparte ruso.” (*Desorden y gritos: “¡Mentiras! ¡Demagogia!”*)

Camaradas, en esto no puede haber demagogia pues lo que de hecho se dice aquí es que, simplemente, determinadas circunstancias políticas engendran inevitablemente una tendencia hacia un régimen autocrático.

¿Cuáles son esas circunstancias? Las enunciaremos así: en la sociedad moderna se desarrolla una lucha grave y encarnizada: Aquí, en Rusia, en un período de revolución, en el que las masas, emergiendo desde las profundidades, toman por primera vez conciencia de sí mismas en tanto que clase, clase cruelmente herida a través de siglos de opresión, cuando se conciben por primer vez como sujetos políticos, como personas legales, como clase que comienza a atacar los fundamentos de la propiedad privada, entonces, en tal período, la lucha de clases adquiere una forma de las más intensas y apasionadas. La democracia (lo que nosotros llamamos democracia), es la expresión política de esas masas trabajadoras, de los obreros, de los campesinos y de los soldados. La burocracia y la nobleza defienden los derechos de la propiedad privada. La

³⁷ La pena capital, abolida el 25 de marzo, fue reintroducida por el Gobierno Provisional el 25 de julio de 1917 para delitos militares.

lucha entre esos dos partidos es ahora inevitable, camaradas, pues, hablando como las clases propietarias, la revolución ha liberado a las capas inferiores del pueblo. La lucha entre esos dos partidos, tome una forma u otra, se intensifica y desarrolla siguiendo su curso natural de desenvolvimiento, al que ninguna elocuencia ni programa puede resistirse. Ahora que las fuerzas motrices de la revolución se han revelado en su separación, un gobierno de coalición significa o bien el estado último de la estupidez política, y eso no puede durar, o bien el más alto grado de impostura por parte de las clases poseedoras que intentan privar a las masas de dirección seduciendo a los mejores y más influyentes jefes para hacerles caer en un trampa, con el objetivo ya de abandonar a las masas (o, como dicen ellos, a los “elementos liberados”) a su propios recursos, ya con el de ahogarlas en su propia sangre.

¡Camaradas! Los defensores de la coalición dicen que un gobierno puramente capitalista es imposible. ¿Por qué es imposible tal gobierno? El populista Minor ha sostenido que un ministerio socialista sería tan efímero y tan estéril como un gobierno de coalición. No es un cumplido ni para al ministerio de coalición ni para un ministerio socialista. Yo os pregunto: ¿por qué no se podría dejar en manos de los capitalistas el gobierno entero? Se nos dice que es imposible. Camaradas, Tsereteli ha sostenido, de forma completamente justa, que ello provocaría una guerra civil ya que las relaciones entre las masas y las clases poseedoras están tan tensas que la toma de un gobierno en manos de las clases poseedoras daría la señal para la guerra civil. ¡Tan agudizadas, tensas y fuertes son las contradicciones de forma completamente independiente de los proyectos de los bolcheviques!

La idea de un árbitro, de un dictador, de un Bonaparte, de un Napoleón ha nacido en tal momento de interregno histórico en el que las clases poseedoras no pueden coger completamente el poder y en el que los órganos del pueblo no osan todavía apoderarse de él. He ahí por qué Kerensky ha podido ocupar la posición que detenta ahora. Lo que ha creado la posición de Kerensky son la debilidad e indecisión de la democracia revolucionaria. (*Aplausos*)

Si repetís otra vez la experiencia de una coalición, cuando ya ha pasado su momento, cuando los cadetes han entrado por dos veces en la coalición y la han abandonado otras dos veces³⁸ (y sobre este punto, camaradas, hay que señalar que su objetivo en los dos casos, tanto en su entrada como en su salida, era el mismo, y éste era, a saber, el de sabotear el trabajo del gobierno revolucionario), cuando habéis sido testigos del asunto Kornilov³⁹, haciendo eso, repitiendo la experiencia de la coalición, invitaréis a los cadetes a hacer algo más que repetir la experiencia precedente, estoy firmemente convencido de ello.

Por supuesto que se dice que no se puede acusar al partido cadete por completo de haber participado en la rebelión de Kornilov. Si no me equivoco ha sido el camarada Znamensky quien nos ha dicho, a nosotros los bolcheviques (y no era la primera vez que se lo escuchábamos): “Protestasteis cuando hicimos responsables a vuestro partido en su conjunto, en tanto que partido, del movimiento del 18 de julio. Entonces, no repetáis el error que cometieron algunos de los nuestros y no hagáis a todos los cadetes responsables de la rebelión de Kornilov.” Desde mi punto de vista, esta comparación es

³⁸ Primera dimisión de los cadetes: la de Miliukov el 15 de mayo. Segunda dimisión: la de los cinco ministros cadetes del primer gobierno de coalición, los días 15 y 16 de julio. Los cadetes se reintegraron en la nueva coalición formada por Kerensky el 6 de agosto, con Nekrasov (Primer Ministro Adjunto y Ministro de Finanzas).

³⁹ El Comandante en Jefe Kornilov se rebeló contra el Gobierno Provisional y los sóviets el 6 de septiembre e hizo marchar a la caballería (con la “División Salvaje” de los cosacos del Cáucaso) contra Petrogrado. Las masas revolucionarias se encargaron de la revuelta que no llegó a durar más que cinco días, y Kornilov fue arrestado el 14 de septiembre.

un tanto poco adecuada pues, si se acusó a los bolcheviques (erróneamente o con motivos, es otro problema) de haber lanzado, o incluso provocado, el movimiento de los días 16 y 18 de julio, no fue para invitarlos a entrar en el gobierno sino para invitarlos a entrar en la prisión de Kresty⁴⁰. (*Risas*)

Hay aquí, camaradas, una pequeña diferencia que confío en que incluso el ciudadano Zarudny no negará. Nosotros os decimos: si queréis encarcelar a los cadetes a causa de la rebelión de Kornilov no lo hagáis sin reflexionar sino examinando el caso de cada cadete uno a uno, y bajo todos los ángulos. (*Risas y gritos de “¡Bravo!”*)

Pero, camaradas, si invitáis a un partido a entrar en el gobierno, digamos por ejemplo a modo de paradoja (y solamente a ese modo), al partido bolchevique... (*Risas*)

Bien. Si queréis un ministerio cuyo trabajo consistiría en desarmar a los trabajadores, en alejar a la guarnición revolucionaria, o en llamar al Tercer Cuerpo de Caballería, entonces yo diré que los bolcheviques, completa o parcialmente ligados al movimiento de los días 16 y 18 de julio en su conjunto, en tanto que partido, son totalmente ineptos para la tarea de desarmar a Petrogrado, a su guarnición y a sus obreros. (*Risas*) Pues, camaradas, aunque los días 16-18 de julio no hayamos llamado a los trabajadores a bajar a la calle, todas nuestras simpatías recaían sobre los soldados y trabajadores que fueron desarmados y dispersados; estábamos completamente de acuerdo con sus reivindicaciones, odiábamos lo que ellos odiaban, queríamos lo que ellos querían...

(*“Arrestasteis a Chernov”, grita una voz en la sala. El orador responde*) Si no me equivoco Chernov está aquí y puede confirmar (*Chernov asiente con la cabeza*) que la violencia ejercida sobre Chernov no fue cometida por los manifestantes sino por un pequeño grupo de gente, visiblemente criminal, con cuyo jefe me he vuelto a tropezar pues era prisionero de derecho común en la prisión de Kresty⁴¹.

Pero, camaradas, la cuestión no radica en eso. Si solamente se trata del partido cadete y de su entrada en el gobierno, el hecho que un miembro u otro de ese partido se esconda entre bastidores con Kornilov, el hecho que Maklakov estuviese al teléfono cuando Savinkov negociaba con Kornilov, el hecho que Rodichev fue al distrito del Don para llegar a un acuerdo político con Kaledin, todo ello importa poco; sino que lo que es importante es que toda la prensa capitalista de todos los países ha propagado las mentiras, las ideas, los sentimientos y odios de la clase capitalista. He ahí por qué digo que nos resulta completamente imposible plantearnos la cuestión de una coalición.

Victor Chernov por descontado que es muy optimista y dice: “Esperemos”; pero, en primer lugar, la cuestión del poder es una cuestión de *ahora* y, en segundo lugar afirma, apoyándose en la teoría marxista (el marxismo de Lieber y Dan, convertido ahora, ironías de la historia, en una arma adaptada a las necesidades de los S.R.), él afirma pues, sobre la base de la teoría marxista: “Hay que esperar, puede ser que en el curso de la revolución nazca un nuevo partido democrático.” Personalmente he aprendido del marxismo que cuando los trabajadores entran en escena como fuerza independiente, cada uno de sus pasos, lejos de reforzar la democracia burguesa la debilita, liberando a la masa de los trabajadores de la influencia capitalista.

Se nos ha sugerido que esperemos el renacimiento y reforzamiento de la democracia capitalista y que formemos entonces con ella un frente unido. Esta es la mayor ilusión que pueda forjarse alguien. No queremos, camaradas, basar nuestras

⁴⁰ La prisión de Kresty se construyó en Petrogrado en 1893 siguiendo el modelo norteamericano; podía albergar a más de mil prisioneros. Trotsky estuvo encarcelado en ella desde el 4 de agosto hasta el 17 de septiembre.

⁴¹ Chernov escapó del linchamiento gracias a la intervención personal de Trotsky el 17 de julio de 1917.

esperanzas en la idea que la democracia burguesa, bajo la forma que tiene en el sistema capitalista, pueda resucitar entre nosotros.

(El camarada Trotsky lee la declaración de la fracción bolchevique. Durante su lectura estallan en la parte derecha de la sala gritos de “¿por qué?, ¿por qué?” a propósito de las cláusulas sobre la inmediata necesidad de armar a los trabajadores. El orador responde a esos gritos con la siguiente intervención.)

En primer lugar porque eso creará una verdadera ciudadela frente a la contrarrevolución, frente a un nuevo y más potente Kornilov; después, porque si se establece una real dictadura de la democracia revolucionaria, si ese nuevo gobierno propone una paz honorable y si esa oferta es rechazada, entonces afirmo, en nombre de nuestro partido y de las masas trabajadoras que lo siguen, que los trabajadores en armas de Petrogrado y de toda Rusia defenderán al país de la revolución contra los ejércitos del imperialismo con un heroísmo sin precedentes en la historia de Rusia. *(Las últimas palabras de Trotsky quedan sepultadas bajo una tempestad de aplausos.)*

Edicions internacionals Sedov



Series de estas EIS

Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional

Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal

La lucha política contra el revisionismo lambertista

Lenin: dos textos inéditos

León Sedov: escritos

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista

Obres escollides de Lenin en català

Obres escollides de Rosa Luxemburg en català

Rosa Luxemburg en castellano

Trotsky inédito en Internet y castellano

Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Comunas de París y Lyon

Colección de carteles de las Comunas de París y Lyon, con fotografías de los originales, traducidos al castellano



Y puedes también consultar el catálogo de nuestras ediciones hermanas



Plejánov, G. V. , obras

Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)

Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti

Armand, Inessa

Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España

Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)

Bleibtreu, Marcel

Broué, Pierre. Bibliografía en red

Comunas de París y Lyon

Ediciones Espartaco Internacional

Frenchia, Cintia y Gaido, Daniel

Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos

Heijenoort, J. Van

Jacobin magazin: Serie de artículos publicados en el centenario de la revolución rusa de 1917

Just, Stéphane. Escritos

Kautsky, Karl

Munis, G. Obras Completas y otros textos

Parvus (Alejandro Helphand)

Rakovsky, Khristian (Rako)

Rühle, Otto

Textos de apoyo

Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75